



El Correo

Una ventana abierta sobre el mundo

Setiembre 1965 (año XVIII) España : 13 pesetas - México : 2,60 pesos



LA REVOLUCION DEL LIBRO

AL ALCANCE DE LA MANO

Fuera de las librerías, el llamado " libro de bolsillo " se vende en todas partes: tiendas de comestibles, estaciones de servicio, mercerías... Aquí, columna móvil en la que puede uno servirse el libro que le interese, instalada entre los estantes de ferretería y de pintura de una tiendecita parisién.

Foto © Al



PUBLICADO EN
9 EDICIONES

Española
Inglesa
Francesa
Rusa
Alemana
Arabe
Norteamericana
Japonesa
Italiana

Publicación mensual de la UNESCO
(Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura).

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7°

Tarifa de suscripción anual : 10 francos.
Bianual : 18 francos. Número suelto : 1 franco-
co; España : 13 pesetas; México : 2,60 pesos.



Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducir los artículos y las fotos deberá constar el nombre del autor. Por lo que respecta a las fotografías reproducibles, éstas serán facilitadas por la Redacción toda vez que se las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los editores de la revista.



Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, Paris-7°

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefe de Redacción
René Caloz

Asistente del Jefe de Redacción
Lucio Attinelli

Redactores Principales
Español : Arturo Despouey
Francés : Jane Albert Hesse
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Victor Goliachkoff
Aleman : Hans Rieben (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Shin-Ichi Hasegawa (Tokio)
Italiano : Maria Remiddi (Roma)

Ilustración : Phyllis Feldkamp

Documentación : Olga Rödel

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia deba dirigirse al Director de la revista.



Páginas

- 4 **LA REVOLUCION DEL LIBRO**
por Robert Escarpit
- 11 **NUEVO DIALOGO ESCRITOR-LECTOR**
por Robert Escarpit
- 15 **DOCE PAISES PRODUCEN DOS TERCIOS
DE LOS LIBROS DEL MUNDO**
- 17 **LAS GRANDES CORRIENTES
DEL MERCADO HISPANICO**
La producción y el intercambio en América Latina y España
- 18 **LIBROS POR METROS Y METROS**
Una nueva etapa en la historia de la imprenta
- 21 **LIBROS DE MASAS Y MASAS SIN LIBROS**
La Unesco y el mundo de la lectura
por Julian Behrstock
- 23 **DILEMAS DE LA EDICION EN EL ASIA
SUDORIENTAL**
por Om Prakash
- 28 **CONTINENTE EN BUSCA DE EDITORES**
Un estudio de la Unesco sobre el Africa
por Clifford M. Fyle
- 32 **BIBLIOGRAFIA**
Publicaciones de la Unesco sobre los problemas del libro
- 33 **LOS LECTORES NOS ESCRIBEN**
- 34 **LATITUDES Y LONGITUDES**

Nuestra portada

Este número está dedicado a la revolución en el mundo del libro, movimiento que con ímpetu creciente se ha venido produciendo en estos últimos años tanto en los países industrializados como en los que no lo están. Nuestra carátula reproduce una edición india de bolsillo del clásico «Umrao Jan Ada», escrito originalmente en urdu y traducido al inglés para la Colección Unesco de Obras Representativas.

Foto © Paul Almasy



Nº 9 - 1965 M.C. 65.1.205 F

LA REVOLUCION DEL LIBRO

por Robert Escarpit

Las importantes transformaciones producidas en el mundo del libro en estas últimas décadas asumen proporciones de revolución. «Desde hace dos mil años, el libro viene sufriendo una serie de mutaciones ligadas a su función fundamental, que es la de difundir las obras del intelecto humano. Actualmente pasamos por la última de esas mutaciones: la que ha de ponerlo a la escala de la civilización de masas.» En tales términos habló el 10 de junio pasado a la prensa en el local de la Unesco, en ocasión de publicar ésta su obra «La revolución del libro», Robert Escarpit, a quien hemos pedido que para este número especial expusiera los principales fenómenos que examina en esa obra. A continuación encontrará el lector el trabajo de Escarpit, que nos complace especialmente en presentarle. Por otra parte, en las páginas 11 a 14 y 15 a 17 de este número damos asimismo algunos pasajes salientes del mencionado volumen de Escarpit, especialmente escrito por encargo de la Unesco.

La aparición del libro de difusión entre las masas es probablemente el hecho cultural más importante de la segunda mitad del siglo XX. Aunque comience a manifestarse cierta curiosidad a ese respecto un poco en todas partes, nadie tiene idea clara de la naturaleza de ese hecho, ni siquiera de que sea un hecho concreto. En los países de habla inglesa se da frecuentemente a ese libro impreso y vendido de una manera especial el nombre impropio de *paper-back* (encuadernado en rústica), aunque hay libros de este tipo que son caros y de escasa circulación. En otras partes, como en la mayoría de los países europeos, se lo llama, todavía más impropriamente, libro de bolsillo, o lo que es pura y simplemente absurdo, *livre de format de poche*, como en Francia. Tanto valdría llamarlo libro barato o libro de gran tiraje.

4 El libro de difusión entre las masas no se define ni por determinada presentación, ni por el número de ejemplares impresos, ni por el precio de venta. Para cada una de estas características se encontrarían fácilmente precedentes que a veces se remontan a más de un siglo atrás; pero el libro de difusión entre las masas es un fenómeno global, cuyos elementos no pueden dissociarse; un tipo

nuevo de aventura editorial cuya primera manifestación se remonta a 1935, fecha de aparición de la colección Penguin en Inglaterra.

Los rasgos objetivos del libro de difusión de masa —rasgos que equivocadamente se toma a veces por características fundamentales— contribuyen todos a permitirle desempeñar un papel bien determinado: el de cambiar la escala de difusión de la obra escrita abriéndole, por procedimientos nuevos, zonas de lectura todavía no explotadas, trátase de grupos étnicos o de determinadas capas de la sociedad.

No se trata de una adaptación del libro a circunstancias nuevas; se trata de una verdadera mutación. El libro de difusión de masa es una *cosa diferente* del libro clásico, tan diferente como lo era el libro impreso del manuscrito y el manuscrito de la tablilla de cera. Con ello queremos decir que esta mutación modificará, en última instancia, el contenido del libro, y que ese diálogo entre autor y lector que constituye el hecho literario en sí viene siendo modificado ya por ella.

En otras palabras: el libro de difusión entre las masas nos obliga a revisar toda la cultura escrita tal cual la



Foto © Almas

PARA TODOS LOS GUSTOS. Una vez por año, en toda España, la Feria Nacional del Libro atrae a los puestos de venta instalados al aire libre una multitud de compradores como los que se ven cotidianamente en las ramblas de Barcelona (arriba). En pocos años el negocio editorial se ha desarrollado en ese país de manera espectacular, habiéndose publicado allí en 1964 10.129 títulos distintos, o sea 1.435 más que en 1963. España forma parte de los 12 países que representan por sí solos las tres cuartas partes de la producción mundial de libros.

Tirajes de un millón de ejemplares

conocemos desde hace dos o tres siglos, y la gente culta de nuestra época no hace mal en inquietarse por su desarrollo sino en la medida en que esta inquietud traduce en ella una adhesión avara a valores caducos desde el punto de vista de las nuevas dimensiones de la humanidad.

En primer lugar, en tanto que objeto fabricado, el libro se ha puesto al día de un solo golpe con los demás productos de la industria moderna, adaptándose a la vez tanto a la fabricación en serie como a la nueva estética Industrial. Entre el libro de Gutenberg y el de fines del siglo XVIII no hubo prácticamente ninguna diferencia técnica; los gestos del obrero impresor fueron idénticos y los tirajes siguieron una misma línea, pasando raramente de algunos millares de ejemplares. Pero en diez o quince años —aproximadamente lo que duró el reino de Napoleón— todo cambió: la imprenta se hizo mecánica y apareció el libro de gran tiraje —entre diez y cien mil ejemplares— tal como existiera ciento treinta años más tarde, entre las dos grandes guerras mundiales, y como persiste aun en el sector tradicional de la edición.

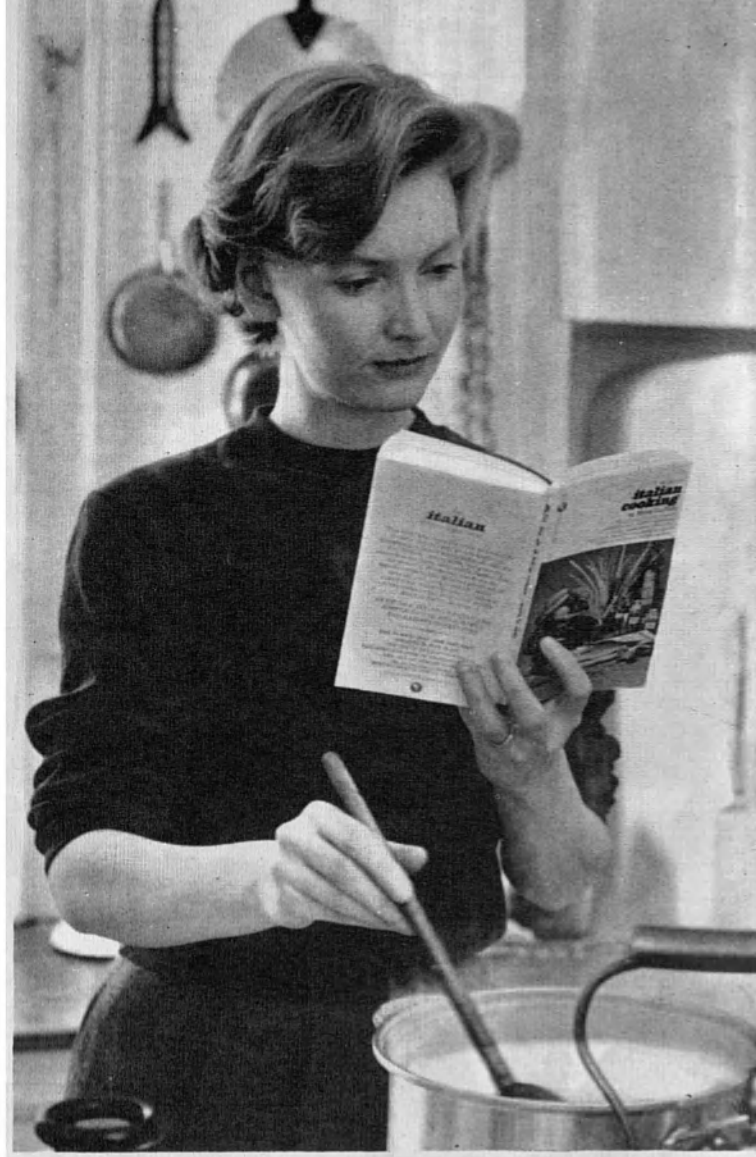
Pero al mismo tiempo, nacidas de las conquistas sociales, sobre las cuales tuvieron al mismo tiempo gran influencia, alcanzaron el terreno cultural las demandas del consumo de masas. Desde el segundo tercio del siglo XIX, estas demandas comenzaron a ejercer sobre los medios de difusión que servían ese terreno, y especialmente sobre el libro, la misma presión que ejercieran sobre el aparato industrial y comercial en conjunto.

Se sabe que en todos los terrenos uno de los primeros efectos de la producción en masa ha sido la degradación estética y funcional del producto fabricado. Por su doble carácter de objeto material y vehículo de pensamiento, el libro se ha mostrado particularmente vulnerable a esta degradación. Sobre la prensa y sobre el libro vendido de puerta en puerta, que eran los dos únicos medios de comunicación de masas existentes por aquel entonces, se cernió una verdadera subproducción de lecturas en serie.

En ese libro «de pobres» se sacrificaba o bien el contenido, o bien la presentación, y en la mayor parte de los casos ambos. El lector obrero o campesino de principios de este siglo no pudo salir de las lecturas más embrutecedoras sino haciendo un esfuerzo de voluntad lo bastante grande como para sobreponerse a la fealdad o la incomodidad de las lecturas culturales que se ponía a su disposición.

No habrá de sorprender, por tanto, que los medios de comunicación entre las masas del tipo de la radiotelefonía o el cine, que nacieron de entrada con una estética adaptada a la función que desempeñaban, hayan constituido competidores casi irresistibles para el libro, pudiéndose bien pensar que la partida estaba perdida para aquél al entrar el mundo en la cuarta década de este siglo, con todas sus inquietudes y sus exigencias.

Pero no había nada de eso. A mediados de la cuarta década del siglo, sin que nadie se diera cuenta inmediata de sus consecuencias, se produjo una verdadera revolución en el estado de espíritu de la civilización industrial. Por ese entonces Raymond Loewy escribía en los Estados Unidos de América su «Estética de la locomotora», anticipo



del famoso libro sobre la belleza del producto industrial que unos 16 años más tarde publicara bajo el título de «Never Let Well Enough Alone» y que los franceses llamaron «La fealdad no se vende». Al mismo tiempo las tiendas de «precio único» de la Europa occidental y el subterráneo de Moscú introducían en la vida cotidiana un nuevo tipo de belleza funcional discutible, sin duda alguna, para un gusto refinado, pero cuyo resplandor iluminaba y humanizaba a menudo la chata y gris atmósfera del consumo por las masas.

La estética industrial que se introdujo así en las costumbres poco antes de la segunda guerra mundial se define así en el diccionario Larousse: «Técnica aneja a la creación de productos que tiene por objeto el estudio de los que fabrica una empresa dada sometidos a los criterios de la adaptación al uso, de su belleza intrínseca, de su facilidad de fabricación y de la disminución de su precio de costo.»

He ahí los cuatro criterios que, de manera consciente o inconsciente, aplicó Allen Lane a la producción de libros al fundar en 1935 la colección Penguin, cuyos volúmenes fueron los primeros que poseyeron en el mundo el conjunto de características típicas de los libros de difusión entre las masas. De aspecto agradable y cómoda disposición, los Penguin, gracias a su precio reducido, permitieron distribuir entre el público lector obras de gran calidad en grandes cantidades. Repetimos que no se puede considerar aisladamente ninguno de estos factores; cada uno depende de los demás, y todo el secreto del libro de difusión entre las masas reside en el equilibrio de los mismos.

La colección Penguin puso a la venta por seis peniques libros que se vendían normalmente, encuadernados en pasta, a 10 chelines con seis peniques, ¡o sea 21 veces más caros! Tales precios de liquidación no se han podido



Fotos USIS

En la cocina, para aprender a guisar un plato italiano... o en el Central Park de Nueva York, donde el anacrónico cochero de galera espera flemáticamente a sus clientes... el libro encuentra un lugar en todas partes. En los Estados Unidos de América se vende más de un millón de «paperbacks» al día, y estos libros de bolsillo representaron en 1964 la tercera parte de los títulos publicados en el país.

—ni siquiera comparables— cantidades de libros que en uno y otro caso imponen sistemas distintos de oferta y de publicidad.

Y esto nos lleva a descubrir una tercera exigencia de libro de difusión entre las masas: la de encontrar nuevos circuitos de distribución. Las sociedades más evolucionadas de nuestra época conservan todavía en su infraestructura cultural rasgos más o menos marcados del tipo de civilización en que la cultura era cosa restringida a unos pocos.

Las librerías, particularmente, no sirven sino a una reducida fracción de la población, compuesta por las capas o clases sociales en las que se reclutan los «letrados». En el mejor de los casos, en un país altamente industrializado, en que el público capaz de leer representa el 70 o 75 % del conjunto de la población, el verdadero público lector no es sino el 15 o 20 %, y el letrado (el que sirven las librerías, precisamente) no pasa del 3 %.

No se trata, por el momento, de llegar a todo el público capaz de leer; pero el libro de difusión entre las masas debe salir del restringido círculo del público letrado, alcanzando al público lector, frente al cual debe llenar eficazmente lo esencial de su función social. Así ha ocurrido en los Estados Unidos de América, en que el «best-seller» de antes de la guerra raramente alcanzaba una venta de 100.000 ejemplares, mientras que hoy día los tirajes superiores al millón son cosa común y corriente.

Ya no se distribuye el libro únicamente en las librerías, sino en lugares de venta muy diversos: *drugstores*, supermercados, kioscos, etc., con la consiguiente vasta publicidad. En ciertos países —especialmente en la URSS— se recurre a procedimientos de distribución directa, como la venta en la oficina o fábrica donde se trabaja o la venta por correspondencia. Por último, en los años venideros veremos generalizarse el uso de los distribuidores automáticos de libros, con los que ha de multiplicarse por diez la capacidad de difusión del librero.

En todas esas formas pueden franquearse los límites del público «letrado». Advertamos, sin embargo, que una importante cifra de ventas no significa forzosamente que se haya salido de esos límites: muchos editores, particularmente en Europa, creen publicar libros de difusión entre las masas por haber adoptado la presentación característica de éstos y multiplicado por diez o veinte sus tirajes habituales, cuando lo que han hecho en realidad no es sino lograr la saturación del público letrado gracias a una rebaja en los precios. Todo sigue ocurriendo dentro de las viejas fronteras socio-culturales, y la cosa es particularmente frecuente en los países donde la *intelligentsia* es numerosa y activa, pero sin muchos recursos. En realidad, hay países en que la difusión entre las masas empieza con 5.000 o 10.000 ejemplares, mientras que en otros una venta de 50.000 y hasta de 100.000 ejemplares no corresponde sino a la difusión restringida entre un medio de gente «letrada».

En pocas palabras, la irrupción del libro en el mercado de la masa comporta para él consecuencias que no son simplemente materiales; su mismo contenido se ve afectado por dicha irrupción, así como la forma en que los lectores

repetir nunca, pero una de las exigencias del libro de difusión entre las masas sigue siendo la de que éste alcance un precio básico, firme y desde luego lo más reducido posible; lo que los franceses llaman un «prix-plancher».

Esto es cosa que puede llegar a calcularse con bastante justeza. El precio de venta de un libro al público está en función del precio de costo de cada volumen del primer tiraje, y se deduce de éste por la aplicación de una fórmula sencilla. De los gastos en que se incurre al imprimir un libro hay varios que siguen siendo fijos, sea cual sea el número de ejemplares que se imprima: la composición, la puesta en máquina, etc. Otros, por el contrario (papel, encuadernación, etc.) son gastos que aumentan con cada ejemplar impreso y, por lo que afecta al precio de costo de cada volumen, es imposible reducirlos.

Pero, por el contrario, los gastos fijos van perdiendo importancia a medida que aumenta el tiraje, ya que se reparten entre un número mayor de ejemplares. Llega el momento en que esta distribución es tan vasta que los gastos fijos dejan de incidir en el precio de costo. Es el momento en que tanto éste como el precio de venta se estabilizan en su nivel más bajo. El primer cuidado del editor ha de ser el buscar este nivel; sólo después de haberlo pasado es cuando obtiene plenamente los beneficios de la producción en serie.

Queda por saber en cuántos ejemplares ha de pasar ese nivel. Que se tiren 50.000 o 1.000.000, para el comprador la cosa, prácticamente, es igual, por haberse alcanzado el «prix-plancher». Pero para el editor es otro gallo el que canta. Por un lado la inversión financiera que ha hecho es muchísimo mayor en el caso del millón de ejemplares, y el riesgo, por consiguiente, también mayor. Por otra parte, pese a la modicidad y estabilidad de los precios, no puede esperar distribuir según modalidades idénticas

El libro "de bolsillo" invade la Universidad

eventuales hagan uso de éste. El diálogo entre autor y lector, cosa que constituye el hecho literario fundamental, queda así profundamente modificado no sólo en su esencia sino en el mecanismo que lo caracteriza.

En el medio «letrado» el lector se entrega a la lectura de una manera activa y consciente, reaccionando por medio de juicios, de comentarios, de decisiones motivadas, trátase de libros propiamente «literarios» o de libros funcionales. El conjunto de todas esas reacciones constituye una «opinión literaria» que le llega al escritor por diversos conductos: conversaciones, contactos entre librerías y editores, crítica literaria, etc.

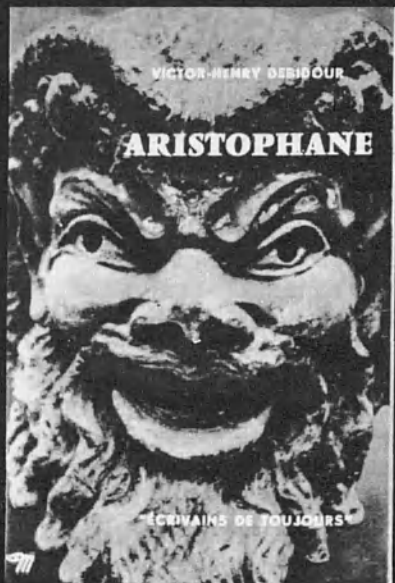
Esta reinyección de opinión que va a la fuente creadora (los ingleses la llamarían *feedback*) es el fenómeno concreto y distintivo del hecho literario e implica, por lo demás, la consecución de un equilibrio extremadamente delicado. Si la corriente de opinión reinyectada es demasiado intensa —vale decir, si el autor tiene una conciencia excesiva de su público— se produce un fenómeno cíclico de degradación comparable al efecto Larsen en electroacústica. Si no hay tal reinyección, no queda al escritor otro remedio que elegir entre la soledad esterilizadora de

las cofradías literarias o la aplicación, no menos esterilizadora por cierto, de procedimientos mecánicos destinados a captar y retener demagógicamente la atención del público anónimo.

Ahora bien: en la difusión entre las masas, tal como se produce en nuestra época, no hay *feedback* cultural. La opinión literaria de las masas, que no dispone para expresarse y transmitirse ni de contactos personales, ni del circuito de las librerías, ni de una crítica literaria, no tiene tampoco ni siquiera la oportunidad de tomar conciencia de lo que es o lo que significa.

El editor de libros de difusión entre las masas se encuentra, por consiguiente, frente a un problema difícil. Por una parte, dada la importancia de los capitales que debe invertir, le es necesario limitar sus riesgos «programando» al máximo su producción de libros. Por la otra, tiene que paliar los inconvenientes que le representa la ausencia de *feedback*.

Según el tipo de libros que publique, el problema se



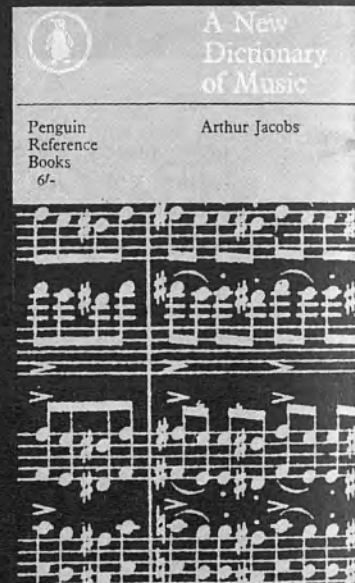
Francia



Francia



Estados Unidos



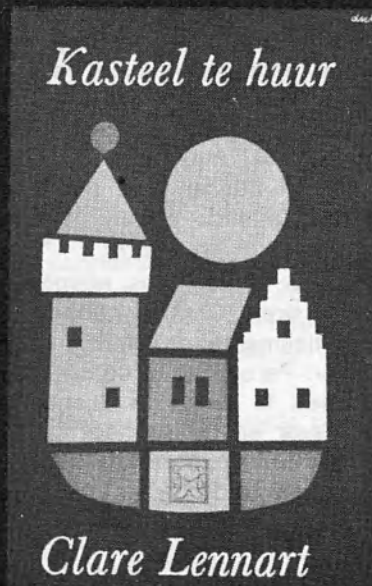
Gran Bretaña



Francia



Italia



Países Bajos

plantea, por lo demás, de manera bien diferente. Los distintos tipos de libros pueden reducirse a tres. Está en primer lugar el libro funcional, libro que corresponde a una necesidad conocida y localizada. La existencia de esa necesidad en el público garantiza en una medida determinada la venta de un «stock» considerable de volúmenes. El ejemplo típico es el del libro de cocina, que es y sigue siendo en los Estados Unidos uno de los grandes favoritos de la edición en *paperback*. La función nutritiva es imperiosa, y la gula una de las motivaciones más fuertes del hombre.

Lo mismo reza para los libros escolares o universitarios. En estos últimos años el *paperback* ha invadido las universidades norteamericanas, con efectos revolucionarios sobre los métodos de estudio y de enseñanza. El manual científico no es ya un objeto raro y costoso que se deja en el estante de la biblioteca, donde su eficacia se ve limitada por un horario riguroso y donde va perdiendo vigencia de cosa actual; es un libro barato, de presentación atrayente pero relativamente modesta, que uno se puede procurar por una suma módica y que, en consecuencia, el estudiante no ha de vacilar en comprar.

Pero aunque no lo compre, la biblioteca puede poner a su disposición varios ejemplares, sin inquietarse demasiado si éstos se gastan o desaparecen. Siempre es posible hacer una reimpresión, y al hacerla, poner el libro al día, lo que equivale a hacer que la opinión de sus lectores le

SIGUE A LA VUELTA



Japón



República Federal de Alemania

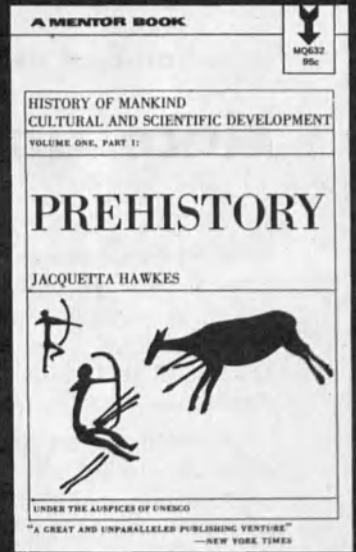
El vuelo extraordinario del libro llamado «de bolsillo» ha ampliado el campo de investigación largamente explorado por los artistas gráficos en cuanto respecta a las tapas ilustradas, cuyo uso es ya de rigor. La presentación del libro de bolsillo refleja evidentemente, de un país al otro, ciertas particularidades nacionales de la ilustración y la tipografía, pero tendiendo siempre a aliar una legibilidad perfecta a la fantasía reclamada por la imaginación del lector. Toda carátula, sea en blanco y negro o en colores, refleja a la vez las formas gráficas del lenguaje publicitario actual y la moderna tendencia a expresar las cosas visualmente.



Países Bajos



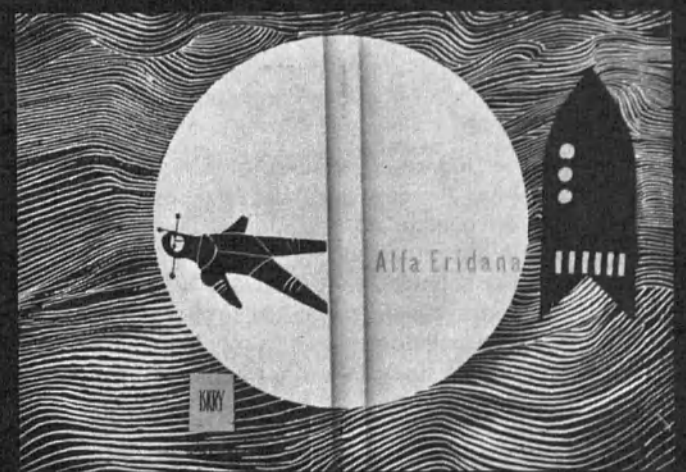
Francia



Estados Unidos



Italia



Polonia



Unión Soviética

Nace un nuevo público lector

resulte beneficiosa en un verdadero *feedback* científico. En Francia hace ya muchos años que aplica esta fórmula la colección «Que sais-je?», colección que, sin saberlo, había descubierto ya antes de la segunda guerra mundial, en el dominio al cual se dedica —la vulgarización y actualización científicas— el libro de difusión entre las masas.

Un segundo tipo de libro es la obra literaria ya lanzada en el circuito del público letrado, trátase de un clásico o de un libro que acaba de obtener un éxito considerable en su edición corriente. La fórmula del libro clásico es evidentemente la más cómoda, ya que los títulos de obras retenidos por la memoria histórica de un país representan una selección extremadamente rigurosa, del orden del 1 %.

En ese sentido no se corren casi riesgos reimprimiendo clásicos, y ello explica porqué, en la mayor parte de los países, el libro de bolsillo ha suscitado un florecimiento, tan inesperado como reconfortante, de reimpressiones de todas clases. Textos que era imposible encontrar en ninguna parte entran ahora en el dominio público y se pueden comprar en el kiosco más insignificante. Pero hay un límite a tal riqueza, como hay también inconvenientes en la práctica correspondiente: el número de obras clásicas que una literatura dada puede ofrecer no es un número ilimitado, y a lo sumo se puede fijar en unos cuantos miles.

Cabe esperar, por otra parte, que llegue el momento en que, dentro de los países más desarrollados industrialmente, los libros de difusión entre las masas ofrezcan varias decenas de miles de títulos diversos. Llegará pues el momento —no muy lejano para ciertos países— en que la saturación del mercado provoque una regresión de los libros de ese tipo, no pudiendo contarse, para la circulación de grandes tirajes, más que con el consumo cultural normal de las instituciones escolares, universitarias o para-universitarias.

Pero puede tomarse también el libro de éxito en el momento mismo en que goza de éste, es decir, antes de convertirse en clásico, cuando la única selección de que haya sido objeto es la de la venta normal en librerías, selección infinitamente menos severa que la que hace la historia. La práctica puede llegar a ser extremadamente fructuosa. Desgraciadamente, son muchos los editores que no parecen haber comprendido todavía el mecanismo de ese tipo de venta. Luego de haber constatado el éxito del libro en edición limitada, tardan demasiado en prolongar ese éxito con una edición para la gran masa de público.

Esos editores creen, en efecto, que hace falta primero agotar por completo el éxito del libro en edición limitada antes de lanzarlo entre lo que creen prolongación del mismo público. En realidad, la experiencia demuestra que el mejor momento para transferir un libro de la edición original, limitada, a la edición para la masa, es el momento culminante de su éxito inicial. Lejos de perjudicar ese éxito, la edición para la masa le da nuevo impulso, reaccionando en su favor al mismo tiempo que nutre su éxito propio del ruido que hayan hecho alrededor del libro los círculos «letrados».

En las sociedades evolucionadas del siglo XX, un medio y otro se rozan continuamente; un círculo y otro comparten con frecuencia los mismos medios de comunicación y de expresión. Un libro del que se habla en la página literaria del diario no pasa desapercibido para el lector que lea la crónica policial o la página deportiva. El único inconveniente

del sistema no es, por consiguiente, de orden económico, sino de orden cultural, y reside en el hecho de que el traslado de un libro de la edición limitada a la edición para la masa constituye una operación unilateral. El libro existe gracias a la opinión literaria de un círculo letrado, y al lector de masa ese libro le es impuesto; él, por su parte, carece de los circuitos de vuelta, los *feedbacks* necesarios para que su opinión pueda pesar en lo que escriba luego el autor del libro.

Llegamos así al tercer tipo de libro de difusión entre las masas, el que se produce directamente para ellas bajo la presión que ejercen ellas mismas. Este es, en suma, el nuevo libro literario, en el sentido que damos nosotros a la palabra nuevo. Desgraciadamente, la experiencia demuestra que este libro es extraordinariamente raro. Los editores no se hacen todavía una idea clara del instrumento que tienen entre manos, ni saben servirse de él tampoco. Los molestan todos los obstáculos institucionales, la inadaptación del circuito de distribución y la indiferencia, cuando no la hostilidad de la crítica, cosas todas que traducen la resistencia del medio letrado al libro de difusión entre las masas.

Por más éxito que éste obtenga —repitámoslo— no llegará nunca a matar al libro que se publica en edición limitada, ni tampoco al libro-objeto. Por el contrario, ampliando «ad infinitum» las bases del diálogo literario, haciendo de la lectura un acto cotidiano, integrado a la vida de los hombres, se logrará para el libro un nuevo interés y un nuevo fervor. Los que temen que desaparezca el libro-objeto, la edición primorosa, para dar lugar únicamente a la edición barata, se equivocan.

El deseo de tener un libro en una hermosa edición, sólida, durable, grata a la vista y al tacto, corresponde en el lector a una elección profunda y definitiva que sólo puede ser resultado de una larga experiencia de la lectura. El hecho de que los «book clubs» hayan lanzado últimamente tantas falsas ediciones de lujo, y el hecho de que el libro sea con frecuencia un elemento de decoración o el símbolo de una situación social determinada, se debe a que la posesión del libro no va unida en esos casos al acto de la lectura y que, por el contrario, se ha producido una ruptura entre el libro y su función.

A medida que el nivel de vida va subiendo en el mundo, el libro-objeto se hace accesible a capas cada vez más profundas de la sociedad, pero la lectura, lo que se entiende por lectura consciente, la lectura literaria, sigue siendo el patrimonio de una minoría. Gracias al libro de difusión entre las masas esta situación va a cambiar, y cabe esperar que durante los próximos cincuenta años el libro que sea una verdadera «máquina de lectura» desempeñe con la mayor eficacia un nuevo papel entre las sociedades también nuevas que hereden nuestra civilización actual.

ROBERT ESCARPIT es profesor de literatura comparada en la Facultad de letras y ciencias humanas de Burdeos, donde también tiene una cátedra en el Instituto de estudios políticos y dirige el Centro de sociología de hechos literarios. Crítico, novelista, historiador de literatura, y especialista en cuestiones editoriales, Escarpit es autor de *La révolution du livre, que acaba de aparecer publicado por la Unesco. El público francés aprecia grandemente el "humour" de su breve comentario cotidiano en "Le Monde".*



Foto USIS



Foto TASS

El libro se compra en la tienda de comestibles (izquierda) o en la fábrica (derecha) : presente en la vida cotidiana, como lo están la radio, la televisión y el cine, abre una nueva e ilimitada vía de comunicación entre los hombres, vía capaz de renovarse sin cesar.

NUEVO DIALOGO ESCRITOR-LECTOR

El libro de difusión entre las masas no es sólo una manifestación de cantidad. Asistimos con él a un cambio radical del concepto mismo de lo que es un libro y de las relaciones entre el escritor y su nuevo público. Tal aspecto del fenómeno motiva un capítulo de la obra de Robert Escarpit "La revolución del libro", recientemente publicada en francés por la Unesco ; capítulo del que ofrecemos a continuación algunos extractos.

EL escritor no ha hallado todavía el lugar que le corresponde en la ciudad moderna. Quizá radique la razón de ello en el hecho de que ésta es una enorme empresa de seguridad mutua que tiende a poner a sus integrantes a cubierto de los riesgos de la naturaleza viva y de la condición humana.

Pero no hay medio alguno de proteger al escritor como tal; puede garantizársele la misma protección social que a los demás ciudadanos, así como una jubilación, una ayuda jurídica y cuidados médicos gratuitos; pero no puede asegurárselo contra los riesgos literarios que corre.

A estas alturas conocemos el mecanismo de la vida literaria lo bastante como para comprender que es necesario que el escritor proponga y el público disponga. La literatura nace de ese diálogo, vive de él y progresa también gracias a él. Pero es un diálogo asesino que, de mil obras que se conciben, lleva diez a su término y una

a la plena madurez. Lógicamente, el rendimiento se puede mejorar recurriendo a diversos medios técnicos, especialmente ampliando las bases sociales del diálogo, mejorando los circuitos de distribución, dando al juicio consciente del lector mejores y más frecuentes ocasiones de manifestarse. Pero no se puede eliminar el riesgo, ni siquiera reducirlo sensiblemente.

El éxito del escritor no es totalmente igual al del editor. No basta con que el libro se venda bien y le asegure cierto rendimiento. ¿Quién puede, en efecto, calcular los intereses de una inversión que se cuenta en valores de vida, de pensamiento y acción? Sean cuales sean sus ganancias financieras, el escritor no vuelve a encontrar nunca su capital, y puede decirse que trabaja a fondos perdidos.

Se puede, de todos modos, admitir una definición económica del éxito del escritor, que llega cuando la venta de una de sus obras le permite vivir de su pluma. Pero este

SIGUE A LA VUELTA

Las trampas del éxito

momento corresponde, por lo demás, a otro aspecto del éxito: el de la saturación a que el escritor ha llegado del público con que puede contar.

En nuestros días el crítico dispone de los medios necesarios para dirigirse a las masas en nombre de la literatura y alcanzarlas; basta para ello con que se haga adaptador o comentarista.

La explicación dada con sensibilidad y en un lenguaje exento de pedantería conquista al espectador de televisión; y en lo que se refiere a la interpretación visual o auditiva de una gran obra, es posible que sea una traición, pero una traición del tipo que hemos dado en llamar creador. Pasar del libro al filme ha sido siempre un trámite estimulado por los productores cinematográficos; pasar del filme al libro no es menos recomendable, y ha de resultar sin duda más fructuoso.

Toda crítica literaria adaptada a la difusión entre las masas deberá fundarse en un conocimiento interno de la forma en que éstas reaccionen frente al hecho literario, conocimiento basado en la experiencia de una participación personal. Llevando las cosas a su límite, puede hasta llegarse a considerar que la mediación del crítico no es indispensable. En los países socialistas se organiza, de una manera sistemática, el contacto entre el escritor y los trabajadores procedentes de todos los medios, contacto fundado en la vida en común y el trabajo de grupo; método de innegable eficacia pero en el cual resulta difícil prescindir del «moderador», el que armoniza el lenguaje de uno y otros, evitando malentendidos.

Quizá sea éste el nuevo personaje del que necesitamos en los tiempos que corren; el personaje del animador cultural que, no satisfecho con los fáciles éxitos de la imagen y el sonido, pero apoyándose en ellos de todas maneras, emprende con toda la humildad intelectual y todo el espíritu de grupo que se necesita la difícil organización del intercambio entre la masa y el hombre.

El éxito de una literatura para las masas depende de la existencia de tales intercambios, cuyo dominio ha de ser forzosamente extra-literario en la medida, precisamente, en que hayan de salirse de las fronteras del público «culto». Aunque el escritor y el lector estén física e inte-

UN CONGRESO INTERNACIONAL DEL LIBRO

Entre los tópicos debatidos por el 17o. Congreso Trienal de la Asociación Internacional de Editores de Libros, realizado en Washington desde el 30 de Mayo hasta el 5 de junio pasado, figuraron cuatro que revisten especial interés para la Unesco: «obstáculos a la libre circulación del libro», «derecho internacional de autor», «edición de libros destinados a la enseñanza» y «libros para los países en vías de desarrollo». El tema del Congreso fue: «El mundo y el libro: la edición en una era de cambios».

En un mensaje que enviara a ese Congreso, el Director General de la Unesco, señor René Maheu, recordó a los delegados que el papel histórico de los libros como medio de comunicación de ideas había sido sometido a la revolución que trajeron a este terreno los cambios de orden social y técnico registrados últimamente en el mundo. «La aguda escasez de libros que se registra en las regiones vastas y populosas del globo es cosa que debe preocuparnos a todos» dijo en su mensaje el Sr. Maheu. «Esta pobreza de material de lectura... constituye una barrera formidable que se opone a la educación y, en términos generales, al adelanto social y económico. Creo que la Asociación Internacional de Editores y la Unesco están dotadas de manera única para dar, asociadas en este sentido, el impulso que requiere la gran empresa de acabar con esa barrera.»



Ilustración de Isadore Seltzer para el libro "Leonard Bernstein's Young People's Concerts" dedicado a las sesiones que el famoso compositor y director ofrece a la juventud (Ediciones Simon and Shuster de Nueva York).



Ilustración de Milton y Shirley Glazer para un libro de aventuras que lleva por título insólito «If Apples Had Teeth» (Si las manzanas tuvieran dientes) publicado por Alfred Knopf de Nueva York.

lectualmente muy alejados uno de otro, el hecho de que compartan una actividad sindical, política, religiosa o sencillamente deportiva puede permitir que se creen entre ellos las condiciones del diálogo.

El premio literario, institución que con frecuencia —e injusticia— ha caído en descrédito, puede encontrar aquí un significado nuevo. Este intento de selección responsable dentro de una producción forzosamente anárquica como lo es la literaria resulta útil y hasta indispensable. Es el gesto típico de una academia: el gesto por el cual una selección representativa de «letrados» que pertenecen a un grupo social determinado dice de manera clara e inequívoca cuál es la preferencia de su grupo.

Bajo formas diversas, ese sistema ha funcionado bien durante varios siglos; todo el tiempo que ese grupo de «letrados» se mantuvo relativamente reducido y homogéneo. Las dificultades han empezado desde el siglo XIX y no han hecho más que aumentar hasta llegar a la época actual, mientras otros grupos sociales accedían a la opinión literaria, formulaban sus propios academismos y emitían sus propios juicios. Uno de los resultados de esta multiplicación de academias —confesa o no— es la superabundancia actual de premios literarios, superabundancia que resta toda eficacia a la selección que éstos consti- tuyen de por sí.

Pero hay algo más grave todavía. En la cultura de «élite» los valores son estables, mientras que en la de la masa son cambiantes y están puestos siempre en tela de juicio, ya que más que una manera de vivir, se trata en este caso de una manera de ser. La coronación académica del premio literario es, en el sentido verdaderamente literal de la palabra, una consagración. Al designar al escritor como objeto permanente de respeto para sus iguales en tanto que valor cierto, y a partir de ahí no desmonetizable, el premio literario hace de él una «vedette» y, en consecuencia, lo aleja irremediamente de las masas.

Este fenómeno de la figura de éxito, tan bien percibido por Carlyle en 1840, data de los primeros grandes tirajes de libros registrados a principios del siglo XIX. Una de sus manifestaciones más espectaculares fué entonces el «byronismo». Falta mucho para que se convierta a todos los Premios Goncourt o los Premios Nobel de nuestra época en héroes de tipo cinematográfico, como ocurriera con Byron, pero ya el solo prestigio de su título los institucionaliza, haciendo de ellos mitos, «totems» o, en el mejor de los casos, paradigmas. He ahí una de las formas más rápidas de la muerte literaria que acompaña al éxito, forma de la que, a menos que el escritor haga gala de una extraordinaria voluntad de renovación y autonomía espiritual, no podrá escapar.

Aun teniendo en cuenta el libro de difusión entre las masas, las sociedades de antigua tradición literaria se verán en dificultades para desprenderse del reflejo académico, y por mucho tiempo todavía seguirán tratando a sus escritores como héroes del intelecto; pero los países nuevos, actualmente en pleno parto de una literatura propia,

deberán ponerse en guardia contra la trampa de la institucionalización.

Si estos países crean premios literarios —y sería para ellos un error despreciar tal procedimiento de selección y estímulo— se necesitaría que dieran a esos premios el carácter de vastos movimientos de opinión, surgidos, más que de la reacción mental del pueblo, de su misma entraña. Guardando las distancias, y con todos los respetos, cabe preguntarse si las oscuras olas de fondo que llevan a la cúspide de la fama a tal cantor popular o tal músico, cuando no es determinado poeta que ha elegido el disco como medio de expresión, no son más eficaces y verdaderas que los juicios largamente repensados de los «connaisseurs». Aunque sería muy de desear que hubiera concordancia entre ambos tipos de juicio, mucho nos tememos que por el momento sea vano alimentar esa esperanza.

Porque la actual mutación del libro, si llega a cumplirse, no será ni completa ni definitiva. Cuando hablamos de la difusión entre las masas, todavía falta mucho para que nos podamos referir a todas las masas. Aun en los países que más han evolucionado, únicamente una fracción del público capaz de leer accederá a la lectura en el curso de la etapa actual; la que haya conquistado el control de las estructuras sociales necesarias a ese acceso.

En los países en vías de desarrollo —pensemos un momento en los de Asia, en que el público capaz de leer representa la cuarta parte de la población total, o los de África, en que representa la octava parte— hará falta pasar por muchas otras etapas y muchas otras mutaciones para que el sucesor del libro actual —sucesor que quizá no esté tan lejos de nosotros como parece— haga circular

SIGUE A LA VUELTA

QUE BONITOS CUENTOS Y FIGURAS. En un camión-biblioteca de los que circulan por un barrio de Budapest dos niñas eligen el libro que ha de llenar de magia muchas de sus horas. En el mundo entero se ha multiplicado, desde hace unos veinte años, la edición de libros para niños ilustrados por los mejores pintores y dibujantes.

Foto Unesco - A. Tessore



Para aplacar el hambre de la mente

libremente entre todos los hombres su mensaje de información y de cultura. Aun cuando así ocurra, siempre habrá lectores activos y lectores pasivos; gentes que, por pereza, por timidez o por gusto personal, se nieguen al diálogo con el escritor. Y siempre habrá también enamorados del libro-objeto, para los cuales el mensaje del encuadernador y del tipógrafo no ha de verse nunca divorciado del de aquél.

Poco importa; lo esencial es que el reclutamiento de los lectores activos sea cada vez más vasto, más abierto. Nada impide que los valores plásticos se integren a los valores de la acción, de la inteligencia y la sensibilidad; a todos esos valores, en suma, que hacen implantar la lectura en la vida del hombre. El libro es como el pan. En todas partes del mundo la conquista del trigo y el alimento básico que de él se deriva ha sido la gran victoria del hombre primitivo contra el hambre. De ahí ha surgido una especie de sacratización del pan, símbolo del trabajo liberador, de supervivencia, de comunión. Muchos pueblos —los franceses especialmente— conservan hasta el día de hoy, como un movimiento reflejo, esta especie de respeto innato y no razonado por el trozo de pan, que su memoria colectiva recuerda como elemento de salvación.

El libro es objeto de un culto similar, no confeso tampoco, por haber sido el pan del espíritu, y la gran victoria del hombre un poco menos primitivo sobre la ignorancia y la esclavitud. Un libro que no dura, un libro efímero, un libro que es un acto y no forzosamente una realidad durable, o un tesoro que conservar, o una riqueza para siempre —*ktêma es aeî*— es cosa que hiere nuestra sensibilidad profundamente y puede llegar a indignarnos.

Y sin embargo, sabemos bien que el pan del pobre, en el universo actual, ha descendido del rango de símbolo al de simple metáfora, y no sólo simple sino mala. Sabemos que esta vez el gran hambre del mundo no será vencido por la magia solitaria de la espiga y de la hogaza, sino por un vasto esfuerzo colectivo que haga poner en juego todos los recursos científicos, técnicos y mecánicos de las civilizaciones evolucionadas, así como por una reforma profunda y sistemática de las estructuras sociales y por una política mundial concertada que afecte terrenos bien alejados por cierto de los de la agricultura y la industria alimenticia.

El gran hambre de la mente, por su parte, no podrá aplacarse sino en un plano igualmente vasto. Las exigencias individuales del escritor y el gusto refinado del hombre culto que ama los libros no deben tener, en nuestros planes de futuro, ni mayor ni menor importancia que el gesto augusto del sembrador o la gastronomía de Brillat-Savarin en los debates de la FAO, o sea la Organización Mundial para la Agricultura y la Alimentación. No hay que renegar de nada, pero tampoco hay que interponer nada entre el libro y la vida, y menos todavía mitos.

Vivimos en una época en que las grandes cosas se hacen en grupo y con ayuda de la máquina, cosa que la gente reconoce con facilidad en el caso de las artes nacidas con la civilización de masas. Y ahora hay que reconocerlo también en el caso del libro. Lógicamente, el carácter mismo de la lectura la condenará siempre a una soledad mayor que la de los otros medios de comunicación o de expresión artística, pero la soledad del escritor y la del lector no son soledades asociales, sino medios para que uno encuentre al otro.

Esta virtud del libro es lo que hay que mantener y desarrollar. La difusión, la comunicación ilimitada e incessantemente renovada entre los hombres, esa es la función propia de él, y desde que deja de cumplirla, por bello que sea su aspecto y por noble que resulte su contenido, no es sino un peso muerto de papel y un tesoro sin alma. Tanto da, en ese caso, reemplazarlo por una piedra.



La biblioteca pública recurre periódicamente al helicóptero para abastecer a las aldeas aisladas en las montañas del Turkestan soviético. En las ciudades, aldeas, fábricas, granjas, etc., de su enorme extensión, la Unión Soviética cuenta con unas 400.000 bibliotecas públicas, que van desde las grandes e importantes hasta las más modestas.

DOCE PAISES PRODUCEN DOS TERCIOS DE LOS LIBROS DEL MUNDO

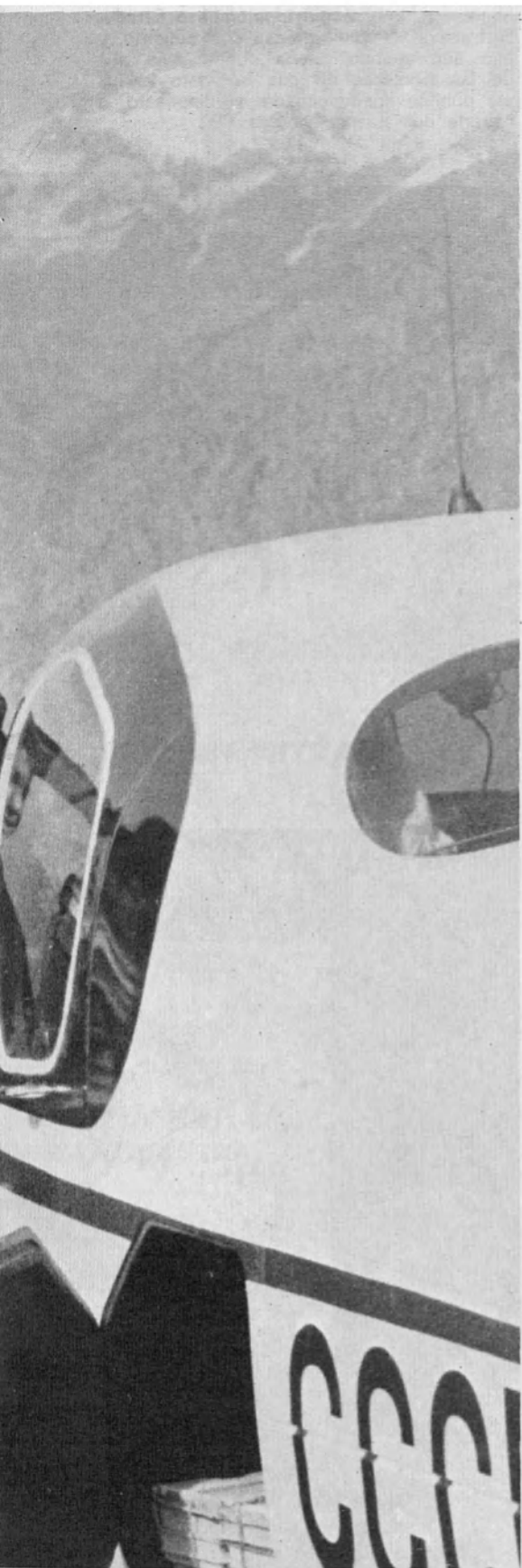


Foto APN

■ Empecemos por definir

Hasta noviembre de 1964 no hubo ninguna definición internacional uniforme de lo que es un libro. Siendo los criterios adoptados por los diversos países extraordinariamente distintos, la elaboración e interpretación de estadísticas al respecto se hacían muy difíciles. Italia, por ejemplo, exigía que un volumen tuviera por lo menos 100 páginas para que se lo pudiera calificar de libro, mientras que la India no imponía ninguna condición parecida. La Conferencia General de la Unesco, reunida en París a fines de 1964, adoptó por unanimidad una recomendación «relativa a la normalización internacional de estadísticas de publicación de libros y periódicos», según los términos de la cual un libro «es una publicación no periódica impresa que tiene, sin contar las tapas, por lo menos 49 páginas». Un folleto «es una publicación no periódica impresa que tiene por lo menos 5 páginas pero que no pasa de 48, sin contar las tapas». La recomendación define asimismo lo que es una primera edición, una reedición, una reimpresión, una traducción y un título.

■ Los gigantes de la edición

Son seis los países que publican más de 20 000 títulos al año: la URSS, la China continental, el Reino Unido, Alemania (se considere a la República Federal de Alemania sola o unida a la Alemania oriental), el Japón y los Estados Unidos de América. Otros seis países se aproximan a los 10 000 títulos: Francia, la India, España, Italia, los Países Bajos y Checoslovaquia. Estos doce países representan por sí solos las tres cuartas partes de la producción mundial, que en 1963 la Unesco calculó en unos 400 000 títulos.

Los 80 000 libros publicados en la URSS no se ajustan todos a la definición que da la recomendación de la Unesco. Además, hay títulos soviéticos contados varias veces, ya que la cifra no es únicamente la correspondiente al ruso, sino a 93 idiomas distintos, de los que 61 se hablan en la Unión Soviética, siendo el resto idiomas extranjeros. Así y todo, no contando sino las obras publicadas en ruso y destinadas a los circuitos normales de distribución comercial, la producción soviética superaría los 30 000 títulos, siendo la primera del mundo.

■ Idiomas literarios

Los idiomas literarios usados habitualmente por más de 50 000 000 de personas son 12: por orden de importancia, el chino, el inglés, el ruso, el hindi, el español, el alemán, el japonés, el bengalí, el árabe, el francés, el portugués y el italiano.

En el dominio del inglés se sitúan dos grandes potencias económicas: los Estados Unidos de América y el Reino Unido, a las que hay que agregar todos los países que forman parte del Commonwealth británico. Por lo disperso que está, el terreno del español se parece al del inglés, pero los países que lo componen son más débiles económicamente que los de este último.

El terreno del francés comprende asimismo ramificaciones en ultramar (el Canadá, Haití, las Antillas, África) pero su importancia esencial le viene de Francia, Bélgica y Suiza.

■ Espejismos de la definición

La India se encuentra entre los primeros productores porque su definición de lo que es un libro le permite incluir el menor folleto en esta categoría. En realidad, corresponde clasificarla en un nivel netamente inferior al que tiene. Por otra parte, Italia es víctima de la definición excesivamente severa que da del libro, sin la cual estaría en condiciones de igualdad con Francia. Lo mismo se puede decir de Checoslovaquia. En cuanto a la China continental, se carece de datos precisos sobre los criterios de clasificación que sigue.

■ Total de títulos en el mundo

El total general de títulos en el mundo fue de 360 000 en 1960, 375 000 en 1961, 385 000 en 1962 y 400 000 en 1963. Entre los países de habla inglesa, española, alemana y francesa editaron el 34% de esta producción en 1952 y aproximadamente el 36% en 1962. Por lo que respecta al inglés, los Estados Unidos de América están a punto de suplantar al Reino Unido en materia de producción, brusco avance debido en gran parte a la publicación en masa de ediciones económicas o de bolsillo. En 1960 se vendieron en los Estados Unidos 1 000 000 de estos «paperbacks» por día.

El caso de la URSS merece párrafo aparte. Aunque el idioma ruso constituya un núcleo central, el fenómeno de la edición se debe allí menos a una homogeneidad lingüística que al intercambio sistemático y cuantioso entre los diversos países socialistas. La producción de esos países —excluida la China continental— iguala más o menos exactamente en 1962 la de los países de habla inglesa, francesa, española y alemana, representando 125 000 títulos, o sea el 36% de la producción mundial.

■ El consumo de papel

En 1950 la América de habla inglesa consumía más de la mitad del papel de imprenta producido en el mundo; en 1960, solamente el 43,2%. Europa y América Latina se mantienen en el mismo nivel, mientras que Oceanía —esencialmente Australia y Nueva Zelanda— progresa ligeramente.

El avance más espectacular es el del mundo afro-asiático: 242,5% de aumento en África, 512,3% en Asia. Esta progresión no se limita solamente a los países de economía fuerte, como el Japón y la China, sino que se reparte por igual en el inmenso territorio, donde países como Birmania, Camboja, el Irak e Israel han decuplicado en 10 años su consumo por habitante de papel de imprenta y de escribir. El caso extremo es, sin duda alguna, el de Siria,

SIGUE A LA VUELTA

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA (cont.)

que pasa de 0,01 kg de papel por habitante y por año en 1950 a 0,3 en 1960, o sea un avance de 3.000 % en diez años. Cabe hacer la misma observación con respecto al África, donde el consumo de los países recientemente descolonizados pasa de 6.000 toneladas en 1950 a 90.000 en 1960.

■ Divisiones lingüísticas y lectura

De ocho lectores que hay en el mundo, tres son asiáticos y tres europeos. Pero dos terceras partes de la producción literaria mundial están escritas en lenguas europeas, mientras menos de una cuarta parte lo está en idiomas asiáticos. En Europa hay más de 30 lenguas escritas, y en Asia muchísimas más, siendo más de 30 las utilizadas solamente por cinco millones de individuos. Hay, por una parte, una producción literaria superabundante aunque lingüísticamente dividida, y por la otra una masa inmensa de lectores cuyo volumen podría fácilmente triplicarse en las próximas décadas, pero este desarrollo se ve impedido «ad infinitum» por la diversidad de idiomas.

■ Rareza del "best-seller"

Los best-sellers son extraordinariamente raros; apenas si representan del 2 al 3% de los éxitos de librería. Un libro de este tipo no se define por el número de ejemplares vendidos, sino por el tipo de venta que tiene, y así puede ser best-seller tanto con 50 000 ejemplares como con 3 000 000.

Pocos son los libros de larga vida. De cien obras que se publican, se vende al cabo de un año apenas la décima parte, y veinte años más tarde todavía diez veces menos.

■ Riesgos de la consanguinidad cultural

Ciertos países atraen la traducción, y otros la rechazan. Cuanto más grande sea la producción de un país, menos sentirá éste necesidad de que la completen los demás. He ahí uno de los peligros menos evidentes pero más temibles que su poderío material e intelectual puede hacer correr a la cultura de un gran país. Si no se toman precauciones para mantener sistemáticamente una vinculación con el extranjero, habrá que temer las consecuencias de la consanguinidad cultural. Y en este sentido no son únicamente los países en vías de desarrollo los que tienen necesidad de una política rigurosa del libro.

■ Tradición de la industria holandesa

Los Países Bajos poseen una larga tradición en la industria y comercio del libro. En un tiempo en que las monarquías absolutas impedían la circulación de las ideas en Europa, el libro holandés fue, en los siglos XVII y XVIII, el vehículo de todo pensamiento libre, y actualmente una política inteligente al respecto hace de la empresa editorial en Holanda uno de los centros del pensamiento científico moderno. Los Países Bajos, que mucho reciben —el 16 % de su producción se compone de traducciones— dan también mucho. De 1946 a 1960 el valor total de las exportaciones de libros pasó de 1.3 a 33 millones de dólares. Hecho todavía más significativo, en 1963, de 7.893 libros allí publicados, 1.140 lo eran en idiomas extranjeros, y por consi-

guiente destinados a la exportación. Esta proporción de 1 a 7 no tiene igual en ningún otro país del mundo.

■ El costoso transporte

Un libro de la Unesco, «Echanges culturels et barrières commerciales» (Intercambios culturales y barreras comerciales) publicado en París en 1956, hace el balance de las diversas legislaciones existentes en 92 países. La Unión Postal Universal ha tratado de obtener de sus Estados Miembros rebajas sistemáticas de las tarifas postales aplicadas a los libros, así como una simplificación general de las formalidades aduaneras y administrativas. Desde 1952 en adelante se han logrado progresos considerables, siendo 50 los países que han cumplido con las recomendaciones de la UPU. Igualmente, la Asociación de Transporte Aéreo Internacional ha obtenido desde 1953, de las líneas aéreas que la componen, una extensión al libro de la tarifa menor otorgada a periódicos y catálogos.

Así y todo, el transporte del libro es caro. Aun en aquellos países que lo someten al régimen de los impresos, el precio de expedición al extranjero de un libro de tamaño mediano es de 15 céntimos franceses, o 3 centavos americanos, suma que podrá parecer ínfima si se considera un libro aisladamente, pero que no por ello deja de tener incidencia en el precio de costo cuando se trata de una distribución en masa.

■ Los grandes circuitos de distribución

Las nueve décimas partes de las exportaciones de libros de la URSS son absorbidas por los países socialistas. Poco menos de la mitad de las exportaciones de los Estados Unidos de América se hacen a los países de habla inglesa, donde deben afrontar la competencia británica.

Excluyendo los países socialistas, las exportaciones de libros soviéticos se distribuyen así: Europa occidental, 41%; Norteamérica anglófona, 21%; Extremo Oriente, 16%; América Latina, 6%; Cercano Oriente, 4%; África, 3%; varios, 7%. A su vez, excluido el grupo anglófono de países, las de libros de los Estados Unidos se reparten entre el Extremo Oriente (33%), América Latina (27%), Europa (25%), Cercano Oriente (8%), África (4%) y varios (8%).

La importancia de estos vastos circuitos de distribución crece año tras año. Las ventajas se manifiestan especialmente por lo que se refiere a la difusión del libro funcional en los países que están en vías de desarrollo.

■ Lo hablado y lo escrito

Los dos obstáculos naturales más evidentes a la circulación de libros son el analfabetismo y la diversidad de idiomas. Se sabe que las tres cuartas partes de la humanidad hablan en conjunto doce idiomas principales, pero ocho bastan para comunicarse con esas tres cuartas partes: inglés, chino, ruso, español, alemán, japonés, francés e italiano, por ese orden.

La población lectora del globo se calcula en 1 200 000 000 de individuos, o sea el 40% de la población mundial.

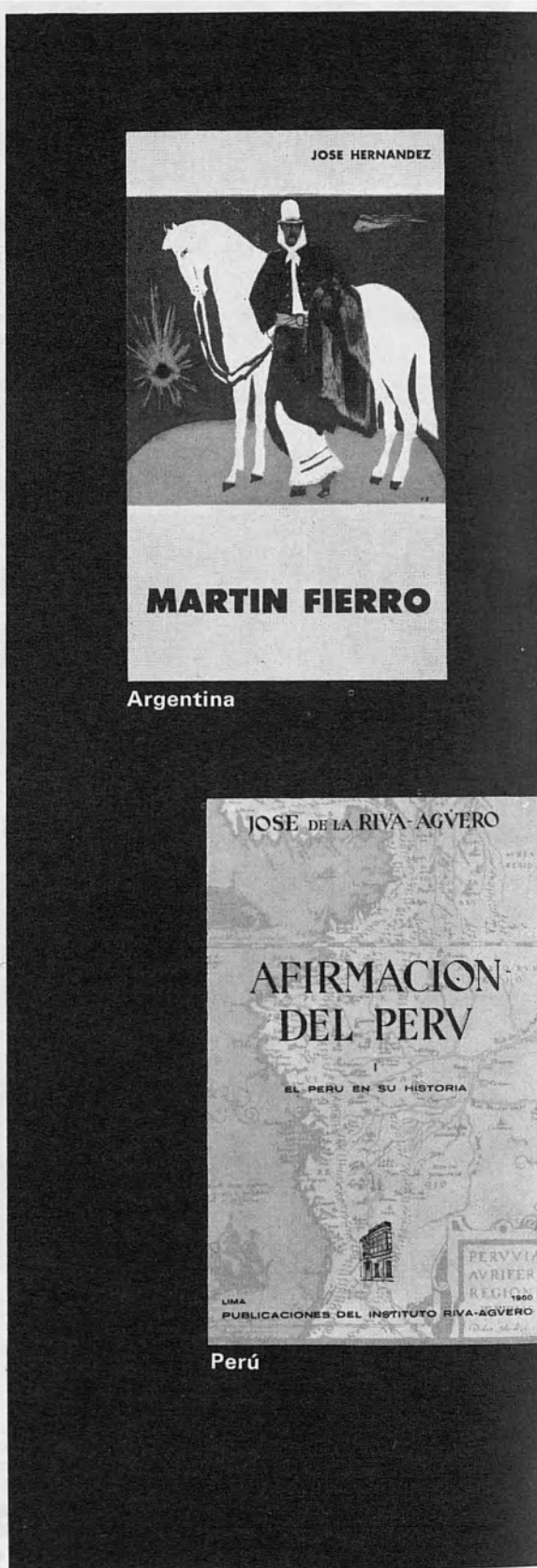
■ La verdadera ganga

Hay muchos casos en que un solo best-seller del que se ha tirado varios centenares de miles de ejemplares, haciéndolo objeto de una publicidad y una distribución

inteligentes, ha permitido que una editora viviera varios años sin que los descuidos en su dirección, los errores de juicio y los desaciertos comerciales de la misma se hayan visto sancionados inmediatamente por el peligro en que se haya visto ésta.

■ Ser o no ser... traducido

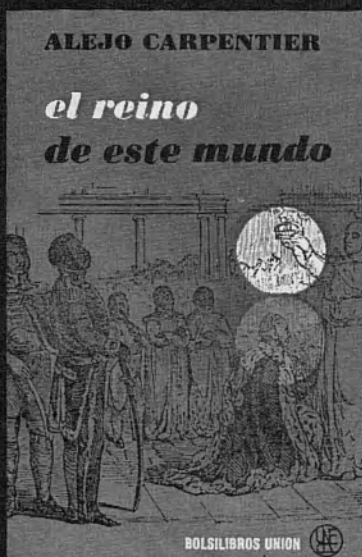
Un libro tienta primero su suerte en determinado mercado literario, agrupación lingüística, agrupación ideológica o Estado. Si fracasa ya no se piensa en traducirlo, y eso aun cuando pueda contar más allá de las fronteras en que ha visto la luz un público insospechado y dispuesto a hacerle una buena acogida.



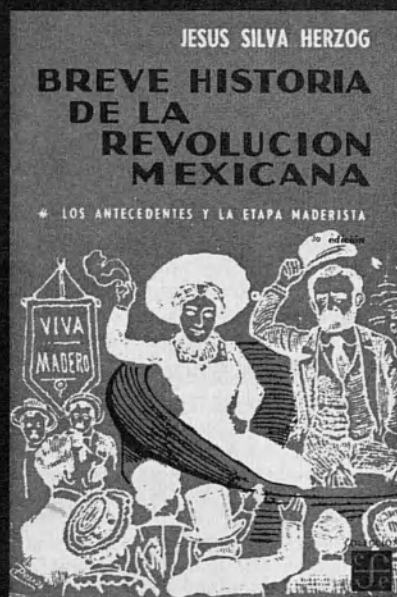
Las grandes corrientes del mercado hispánico



Chile



Cuba



México

En una zona cultural del mundo en la que 145 millones de personas hablan un mismo idioma —el español— las amplias perspectivas del mercado editorial tienen por único límite el precario desarrollo económico de la América Latina.

Hasta el año de la guerra civil (1936) ese mercado estuvo abastecido principalmente por España, pero la interrupción de la producción de ésta y de sus comunicaciones regulares con América precipitó el desarrollo de fuertes empresas editoriales en el Nuevo Mundo, principalmente en México y la Argentina. Ultimamente la situación vuelve a ser lo que fuera antes de 1935 y el libro editado en España goza de una fuerte expansión en el mercado latinoamericano. Las exportaciones de aquélla, que en 1940 tuvieron solamente un valor de 5 millones de pesetas, alcanzaron en 1963 un volumen de 1.348 millones. Aun contrastando esta cifra con los 401.3 millones de pesetas que España pagó por concepto de libros importados, el margen es considerable.

La exportación de España a América Latina —que consume el 40 % de los libros publicados por aquélla— se ha duplicado en tres años, mientras que en los últimos 5 años la producción española de libros registraba un incremento del 33%.

En 1963 las 743 empresas editoriales de España publicaron 8.694 títulos originales, divididos, a «grosso modo», en las siguientes disciplinas (las cifras son aproximativas): Literatura, 2.800; Ciencias sociales, 1.800; Ciencias aplicadas, 1.100; Teología y religión, 1.000; Historia y geografía, 700; Bellas artes, 500; Ciencias puras, 350; Filología y lingüística, 200; Filosofía, 180; Obras generales, 160.

Las traducciones de libros extranjeros representan en España el 14 % de los libros editados. En 1963 se tradujeron 694 libros del inglés, 593 del francés, 320 del alemán, 111 del italiano y 180 de otros idiomas.

En la Argentina la evolución realmente significativa de la industria del libro ha tenido lugar en los últimos 30 años. Mientras en 1936 se publicaban 451 obras científicas y 372 literarias, en 1963 el número general se elevaba a 3.390, de los cuales 2.196 corresponden, en conjunto, a novelas y cuentos, libros de geografía, textos escolares y diccionarios, etc., observándose también, entre las cifras interesantes del conjunto, 151 obras de filosofía, 108 de medicina e higiene, 159 de historia y 183 de ciencias sociales. El número total de ejemplares impresos en 1963 en la Argentina fue de 29.307.854.

En su obra «La edición de libros en Argentina» calcula el Dr. Raúl H. Botaró el valor de la producción anual de libros, dentro del período 1960-62, en aproximadamente cuatro mil millones de pesos (nivel de precios mayoristas). La Argentina exportó en 1963, —excluidos los envíos por línea aérea— 6.956.360 libros y folletos.

De los 10.000 comercios que el editor argentino Eustasio García calcula que se dedican en América Latina a la venta del libro, 900 son librerías mexicanas. La producción y venta de libros ha sufrido en México un proceso de desarrollo parecido al de la Argentina. Entre 1948 y 1955 se publicaban en el primero menos de 1.000 obras al año, pero en 1962 el número de ellas se había elevado a 3.760. México y la Argentina son los dos principales competidores que España tiene en el mercado sudamericano. La formulación de estadísticas en el primero comenzó a realizarse oficialmente en 1920, a raíz de la creación del Departamento de Propiedad Intelectual.

Capítulo aparte merece, en lo que respecta a México, la producción y distribución de textos de enseñanza primaria entre los escolares, que este año alcanzará la cifra de 21 millones de ejemplares. Desde que comenzara en 1959 el Plan de Educación del Ministro Jaime Torres Bodet (ex-Director General de la Unesco) son más de 100 millones los libros de texto distribuidos gratuitamente entre los alumnos de las escuelas primarias.

Brasil, fenómeno singular de América —ya que por razones idiomáticas no exporta sus libros al resto del continente sudamericano— es, al parecer, el productor número uno de éste. Las últimas cifras que de él provienen corresponden a 1959 y arrojan un total de 6.337 títulos.

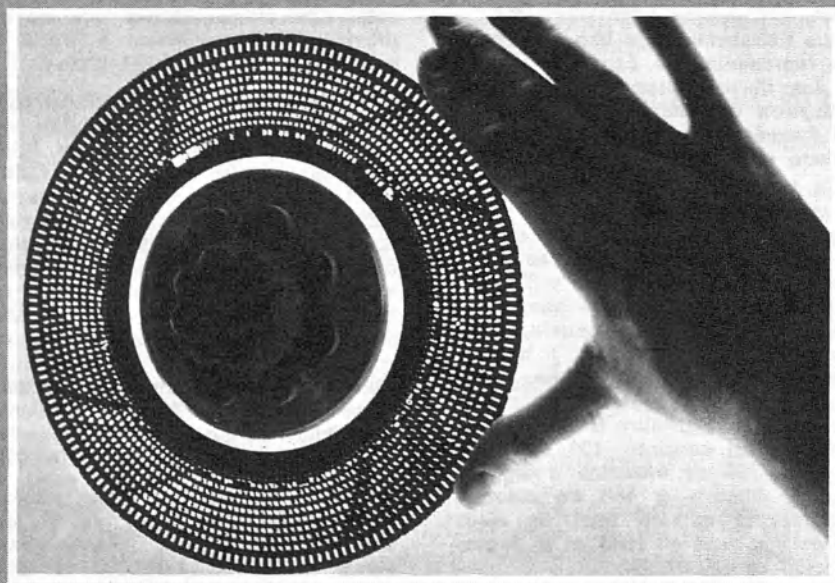
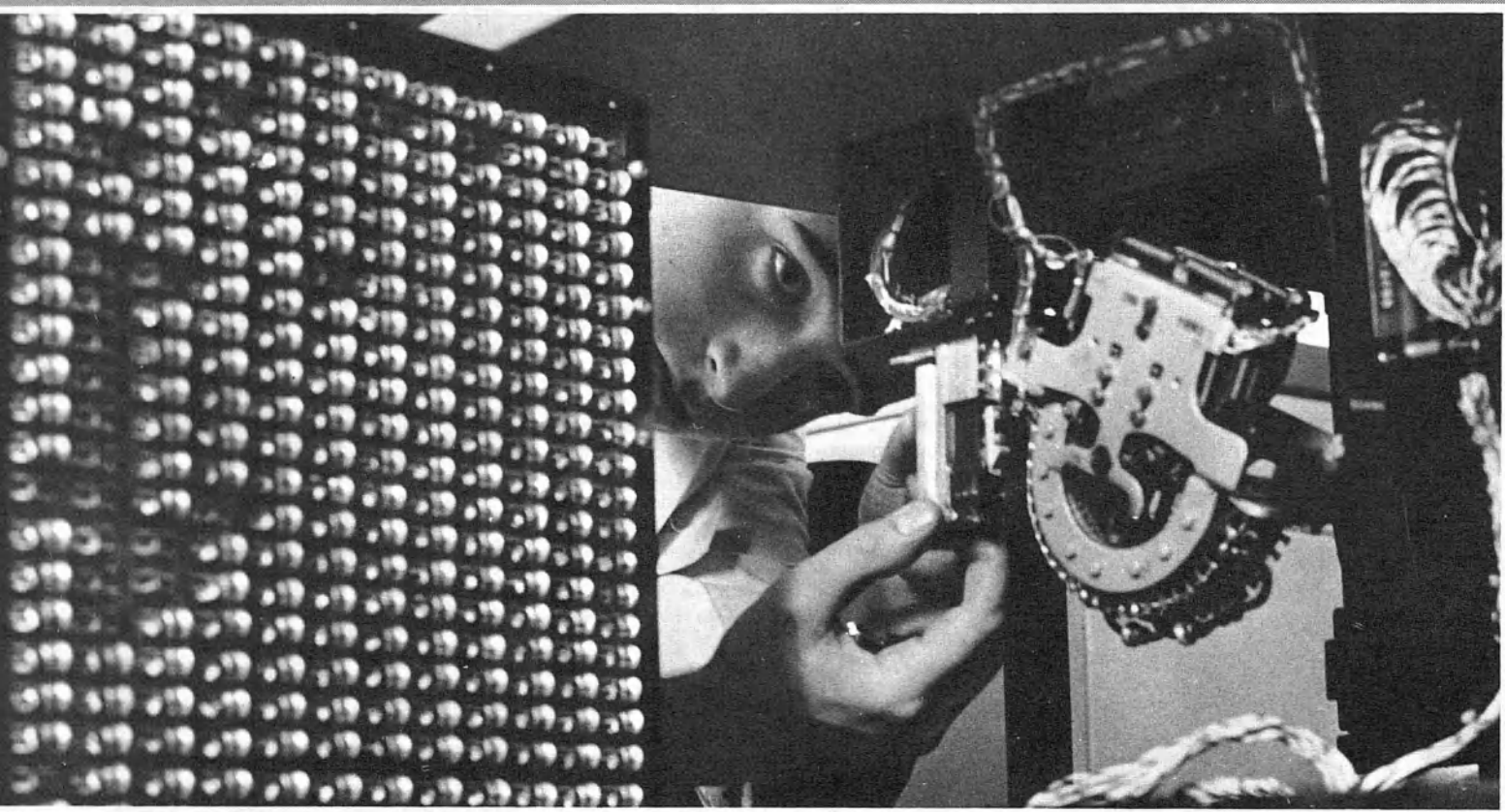
Completa el cuarteto editorial más importante de la región Chile, con las 1.040 obras que editara en 1962, y lo siguen el Perú, con 791, y Cuba, con 736 títulos. En esta última el esfuerzo por difundir el libro se realiza en diversos frentes, encargándose la Editorial Nacional de Cuba, fundada por el gobierno en mayo de 1962 y puesta bajo la dirección del novelista Alejo Carpentier, de la impresión de obras nacionales y extranjeras, cuyos tirajes se realizan sobre la base de 20.000 ejemplares por título, aunque en algunos casos lleguen a ser de 50.000 y 100.000.

En 1963 esta editora oficial publicó 16.500.000 ejemplares, y ya el año pasado había hecho planes para elevar la cifra a 22.000.000 en 1965.



Arriba, la operadora de la máquina de fotocomposición cambia de tipo moviendo un control en la chapa auxiliar con que aquélla cuenta con ese fin. En el centro: la maquinaria electrónica más avanzada sirve cada vez más para dirigir y apresurar los procesos de fotocomposición. Abajo, disco cubierto por cientos de caracteres que se van proyectando al girar y registrando en película.

LIBROS POR METROS Y METROS

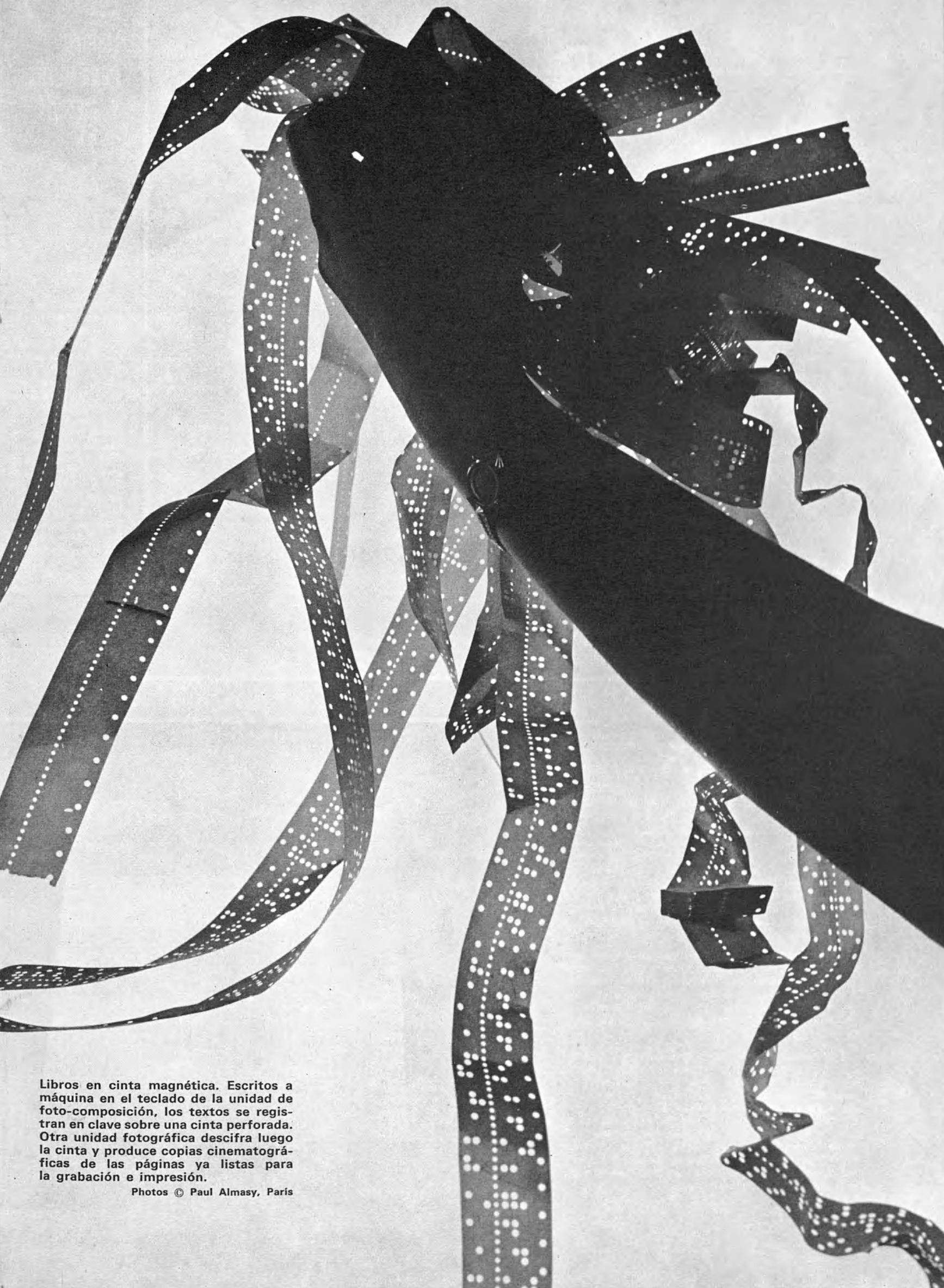


HASTA hace relativamente poco tiempo los dos adelantos mayores en lo que respecta a la impresión de libros fueron el uso de tipos de imprenta que permitían la composición a mano y la introducción de las linotipos en el siglo XIX. En nuestra época la fotocomposición, que produce directamente en una película textos con los que se puede grabar e imprimir, señala una nueva etapa en este sentido, eliminando el uso de los clásicos tipos de metal.

Al combinarse esta nueva técnica con los últimos descubrimientos de la electrónica los editores pueden esperar de ella señaladas ventajas en lo que se refiere a una producción más rápida y un costo más reducido.

Desde que funcionara por primera vez hace 40 años la primera máquina de fotocomposición, han aparecido una docena de tipos diferentes de ésta. Un ejemplar ultramoderno de ella, mayormente electrónico en su funcionamiento, tiene el aspecto de un escritorio de metal, de los comunes en las oficinas modernas, con una máquina de

SIGUE EN LA PÁG. 20



Libros en cinta magnética. Escritos a máquina en el teclado de la unidad de foto-composición, los textos se registran en clave sobre una cinta perforada. Otra unidad fotográfica descifra luego la cinta y produce copias cinematográficas de las páginas ya listas para la grabación e impresión.

Photos © Paul Almasy, Paris

LIBROS POR METROS Y METROS

(cont.)

En la edición moderna de libros, no sólo se encuentran ilustraciones de alta calidad en ediciones de lujo y libros sobre arte sino también en volúmenes de menos pretensiones, realizándose todos los esfuerzos posibles por lograr los más altos "standards" de reproducción. A la izquierda, vistazo especialmente minucioso a unas ilustraciones en colores. Abajo, verificación final de páginas directamente compuestas sobre la película.

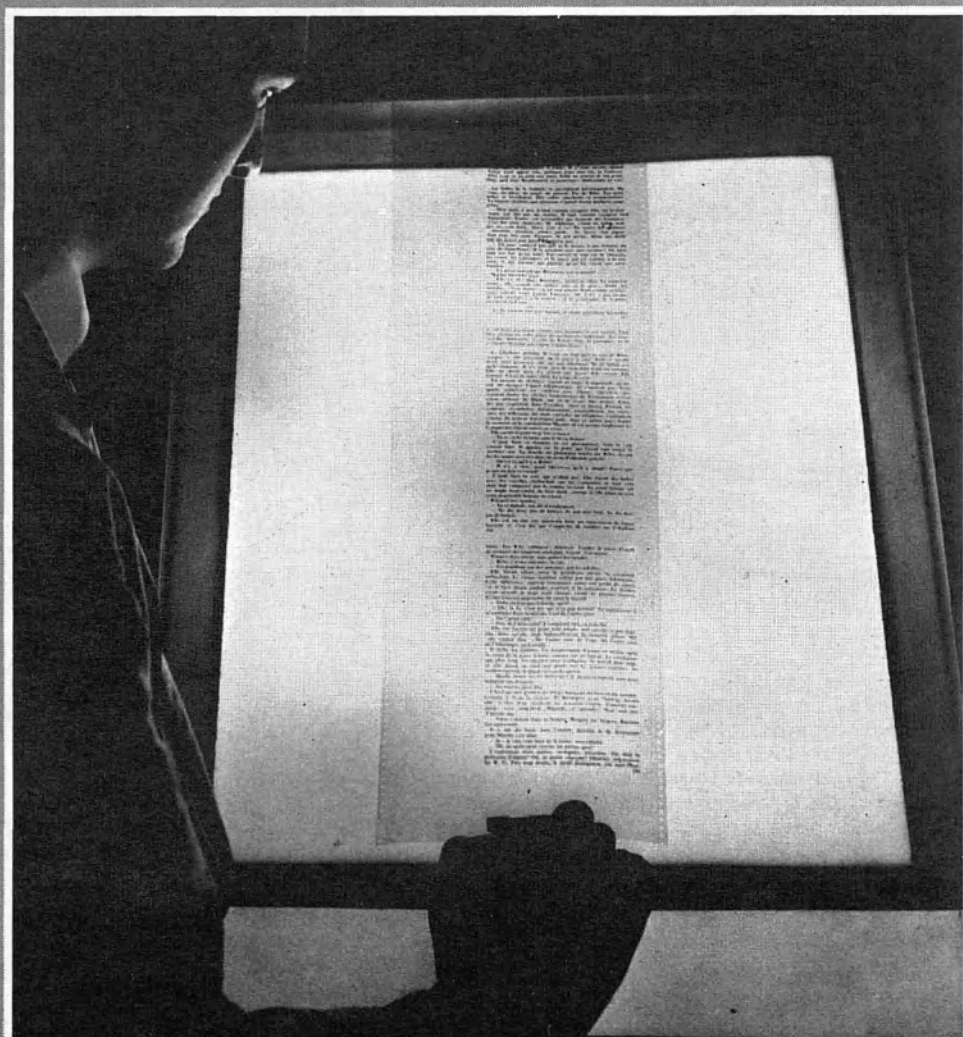


escribir en cuyo teclado trabaja el encargado de la composición, que en una chapa auxiliar de control puede elegir el tamaño y clase de tipo que desee.

Las máquinas de esta clase pueden componer textos directamente sobre una película o registrarlos, por medio de un código particular, en una cinta magnética perforada, cinta que puede guardarse y meterse luego en una unidad fotográfica que también funciona electrónicamente. Esta unidad fotográfica va ordenando automáticamente los tipos en una película según las instrucciones que vaya recibiendo de la cinta magnética, operación mucho más rápida de lo que podría ser en manos de cualquier experto.

Puede llegar una época en que los editores de libros entreguen al impresor todo el texto de éstos en cintas magnéticas. Las máquinas electrónicamente controladas descifrarán luego el contenido de éstas produciendo, en una sola operación, películas de las páginas del libro ya listas para la impresión.

Las máquinas de fotocomposición son reducidas y compactas; en una de ellas un disco giratorio que contiene unos 1 500 caracteres de imprenta reemplaza a la tonelada y media de matrices de plomo necesarias a la composición con metal. Los estudios más recientes demuestran además que aun una máquina dedicada al chino, por ejemplo, necesitará únicamente 26 signos en su teclado básico para seleccionar cualquiera de los miles de caracteres que componen la escritura de ese idioma.



LIBROS DE MASAS Y MASAS SIN LIBROS

por Julian Behrstock

EN el conjunto del programa de la Unesco los libros revisten una importancia tal, que es difícil desglosarlos y considerarlos como un aspecto aislado de su labor, ya que son fundamentales para el logro de casi todos los objetivos de la Organización, tanto para la enseñanza primaria universal como para la apreciación mutua de los valores culturales o el fomento de la ciencia y la tecnología.

El interés de la Unesco por los libros surge de su misma Constitución, que le encomienda el fomento de «la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen», así como la adopción de medidas destinadas a facilitar «el acceso de todos los pueblos a lo que cada uno de ellos publique». La Conferencia General reiteró veinte años después este aspecto constitucional de la cuestión en una resolución que subraya «la importancia de las actividades editoriales» y sienta las bases de un nuevo programa de acción en materia de libros.

Al ir tomando forma este nuevo programa, un examen retrospectivo de la labor de los últimos veinte años muestra también una amplia gama de realizaciones. En una enumeración al azar de sus principales aspectos cabría incluir los siguientes:

■ La elaboración de una Convención Universal de Derechos de Autor, que asegura una justa recompensa a los autores y fomenta al propio tiempo la publicación y distribución de sus obras en países distintos del suyo. Esta Convención colmó un vacío importante en la legislación internacional relativa a los derechos de autor.

■ La aprobación de un acuerdo internacional en virtud del cual quedaron suprimidos los derechos arancelarios y otros obstáculos comerciales con que tropezaba la libre circulación de los libros. Este acuerdo logró amplia aceptación como norma internacional para la libre circulación de los libros en el mundo entero. Otros dos acuerdos internacionales han aportado a su vez nuevas facilidades para el intercambio internacional de publicaciones pedagógicas y oficiales.

■ La creación de un sistema de cupones que permite vencer las dificultades existentes en materia de divisas. Se lanzaron a la venta cupones por valor de unos 27 millones de dólares destinados a la compra de libros y otros tipos de publicaciones.

■ La reducción de los gastos postales y de transporte en el envío de libros, a raíz de las propuestas hechas por la Unesco a las organizaciones internacionales encargadas de fijar las tarifas.

■ La aprobación de una recomendación sobre las normas internacionales que deben regir la clasificación uniforme de las estadísticas de libros, a fin de facilitar el registro sistemático de datos sobre el comercio de libros en el mundo.

■ La fundación en Karachi de un centro para el fomento de la producción de materiales de lectura en el Asia meridional. Este centro, creado en 1958, organizó seminarios de formación profesional en las técnicas de producción y distribución de libros, y talleres donde se enseñan esas técnicas, y además proporcionó unas 50 becas de perfeccionamiento en el extranjero, debiéndosele unas 400 publicaciones en los diversos idiomas locales.

■ La creación en Africa de dos centros encargados de la producción de libros escolares. Uno de ellos, sito en Accra (Ghana), contribuyó a preparar libros de texto y a formar autores, ilustradores y editores, enseñándoles las técnicas correspondientes. El otro centro, instalado en Yaoundé (Camerún), que disponía de una imprenta y del personal necesario, editó libros para las escuelas, así como material de lectura para los adultos que acaban de aprender a leer y escribir. Por intermedio de la Unesco se imprimieron también en otros países libros de texto destinados a las escuelas africanas, a las que se los envió gratuitamente.

■ El aliento dado a escritores de los países en vías de desarrollo mediante la organización de simposios literarios y la concesión de bolsas de viaje para que reunieran los datos necesarios a sus trabajos. En el campo especializado de la literatura científica, se lanzó en São Paulo (Brasil) el primer proyecto de una serie experimental, gracias al cual los profesores latinoamericanos adquieren la formación necesaria para ocuparse en sus respectivos países de la elaboración de textos científicos destinados a la enseñanza.

■ La creación de bibliotecas modelo en Nueva Delhi, en Medellín y en Nengu (Nigeria), así como de un centro de formación de bibliotecarios en Dakar, y en Kampala (Uganda), para fomentar el establecimiento y el desarrollo de bibliotecas públicas, las cuales, en algunos países, absorben la mitad de todas las obras puestas en circulación. Asimismo se prestó ayuda a los centros bibliográficos nacionales y se editaron publicaciones que proporcionan información al día sobre los libros disponibles.

■ La colección Unesco de obras representativas, que permite difundir aún más, por medio de traducciones, grandes obras literarias pertenecientes a distintas culturas. Se tradujeron y publicaron en inglés y en francés alrededor de 200 obras escritas en cuarenta lenguas diferentes. El *Index Translationum*, que se publica anualmente, ofrece listas de las diversas traducciones de una obra publicadas durante el año anterior en el mundo entero. Su 16ª edición, correspondiente a 1965, ofrece unos 35.000 títulos de traducciones publicadas en 69 países.

■ La publicación de estudios tales como «Books for All» de R. E. Barker, que examina y señala a la atención del público los obstáculos que se oponen a la libre circulación de los libros. («La révolution du livre» de Robert Escarpit, que acaba de aparecer, es una secuela del estudio de Barker, publicado hace diez años). En 1965 verá también la luz un folleto sobre los libros para los países en vías de desarrollo.

■ Los estudios consagrados a los libros no son sino un aspecto de la labor de la Unesco como editora. La Organización lanzó la iniciativa de publicar o publicó por sí misma alrededor de 4.000 obras, en las cuales toda una serie de temas que le interesan están tratados desde un punto de vista internacional.

■ La campaña de lucha contra el analfabetismo lanzada por la Unesco, que tiende a incorporar al público lector más de las dos quintas partes de la población adulta del mundo todavía analfabeta, ha contribuido indirectamente a fomentar la publicación de libros.

De cada 10 libros, 9 son manuales escolares

Podría alargarse la lista, pero así como está, basta para mostrar la gran diversidad y el carácter concreto de las actividades librescas en todo el programa de la Unesco.

Estas actividades se desarrollaron durante un período de rápidos cambios en la estructura mundial de la producción y consumo de libros. Durante este período —entre 1945 y 1955— se produjeron los adelantos técnicos en la impresión, publicación y distribución de libros que permitieron editar obras de buena calidad a bajo precio y en gran escala. En esa época también, el fenómeno del «libro de bolsillo» cobró la importancia de una «revolución» al venderse un millón de ejemplares por día en un solo país. El libro —precursor de la prensa, la radio, el cine y la televisión— se situó al lado de ellos como otro medio de información de enorme alcance popular.

Al propio tiempo, aunque la demanda de libros en los países en vías de desarrollo se incrementó al conquistar éstos su independencia, la producción se mantiene muy por debajo de las necesidades nacionales. Exceptuando el Japón, Asia, que encierra en su seno más de la mitad de la población mundial, aporta solamente el 17 por ciento de las 400.000 obras publicadas cada año en el mundo. En Africa menos de 10 países publican libros regularmente, y el número de títulos publicados representa menos del dos por ciento del total mundial. Además, las ediciones son relativamente pequeñas y rara vez pasan de 3.000 ejemplares. La prensa cotidiana se halla en una situación análoga.

De ahí que la mayor parte de los libros que se lee en casi todas las regiones de Asia, y especialmente en Africa, sigan produciéndose en países técnicamente avanzados, sobre todo los de Europa y de América del Norte.

Pero todos reconocen que, por necesario que sea, ese flujo de libros procedentes de los actuales centros mundiales de producción no pasará de ser una solución momentánea. Las aspiraciones de los países en vías de desarrollo, la expansión de su industria y, sobre todo, la producción de libros que respondan a la cultura y gustos de los lectores, son factores que los llevarán a hacer todo lo necesario por escribir, publicar y distribuir libros por su propia cuenta.

Pero la creación de editoriales en Asia y en Africa tropieza con grandes carencias en cuanto respecta a casi todos los recursos y conocimientos técnicos necesarios, se trate de escribir libros o de imprimirlos, del suministro de papel o del personal de administración necesario. Apenas un solo país de estas dos regiones produce bastante papel de imprenta para cubrir sus propias necesidades; el elevado costo del papel hace que sea difícil desde un principio fijar a los libros un precio al alcance de la mayoría de los lectores. Faltan también las instalaciones necesarias para la impresión y encuadernación rápidas de los libros, lo cual es esencial para lanzar ediciones populares a bajo precio. En cuanto al texto en sí, se plantea el problema de la formación de escritores, problema que en muchos países se complica con la existencia de múltiples lenguas y dialectos. Por último, la comercialización de los libros requiere canales distribuidores capaces de alcanzar poblaciones en gran parte rurales venciendo para ello la deficiencia de los medios de transporte.

Dadas las escasas posibilidades existentes, se hizo primero hincapié en la producción de libros para las escuelas. Tan pronunciada ha sido esta tendencia que hoy se estima que los libros escolares representan no menos del 90 por ciento de todos los libros adquiridos en los países en vías de desarrollo. El resultado es una estructura editorial nada diversificada que ofrece a los lectores en general —incluso a los que acaban de aprender a leer y escribir— un alimento intelectual relativamente limitado. Teniendo presente, por una parte, la existencia de un notable progreso tecnológico, y por la otra, la de grandes necesidades insatisfechas, la Conferencia General de la Unesco, al reunirse por última vez en noviembre de 1964, examinó una

propuesta formulada por la delegación de Checoslovaquia con objeto de que se iniciara un nuevo programa de fomento de la producción de libros. Dos meses antes se había presentado una propuesta análoga en una reunión convocada en Washington por la Oficina Norteamericana de Desarrollo Internacional, en la cual se recomendaba que la Unesco asumiera un papel predominante en este terreno. El fundamento de ambas propuestas estribaba en que, al margen de la prosecución de sus actividades editoriales, había llegado la hora de que la Unesco abordara globalmente el problema clave de ayudar a los países en vías de desarrollo a lograr su propia autonomía editorial.

La resolución de la Conferencia General, aprobada por unanimidad, advierte la importancia de las publicaciones por cuanto fomentan «la comprensión mutua y el desarrollo social y económico» y pide que se adopten medidas para estimular y alentar «la publicación de libros baratos, especialmente para los adultos recién alfabetizados y para la juventud de los países en vías de desarrollo». Por último, invita a todos los interesados a que estudien el medio de reforzar la cooperación internacional en lo que atañe a la publicación y difusión de libros.

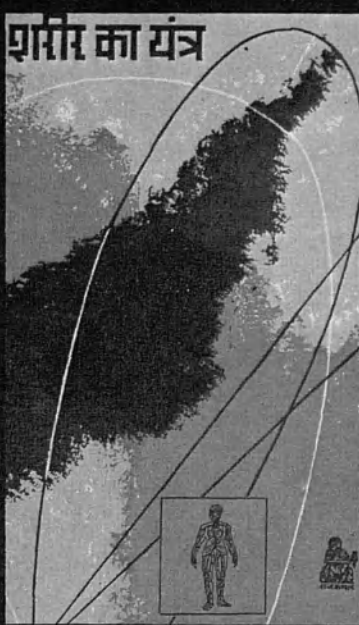
Más concretamente, la Conferencia General tomó tres decisiones. La primera consiste en que el programa de desarrollo habrá de lanzarse en cada región al celebrarse una conferencia en ese sentido; la de Asia en 1966; la de Africa quizá en 1967, y la de América Latina en una fecha posterior. En segundo lugar, se ha confiado a una sección de la Secretaría la responsabilidad primordial del programa de desarrollo, centrándose así por vez primera las diversas actividades de la Organización relativas al libro. En tercer lugar, la Conferencia General invitó al Director General a que examinara la posibilidad de presentar, para 1967-68, un programa coordinado con objeto de fomentar la producción y la distribución de libros en los países en vías de desarrollo.

La primera de las conferencias regionales se celebrará en Tokio en la primavera de 1966. Tomarán parte en ella expertos de todos los Estados Miembros de Asia, conocedores de toda una serie de problemas que abarcan desde la profesión y los derechos de autor hasta las técnicas de impresión y publicación. Esta conferencia evaluará las necesidades a largo plazo de los países asiáticos en lo que atañe a la impresión de libros y elaborará un programa de actividades. La Conferencia podrá también ayudar a los países más adelantados a constituir y coordinar sus programas de ayuda bilateral, de suerte que éstos satisfagan con mayor eficacia las necesidades de los países de Asia.

Se espera que los informes resultantes de esta conferencia y de las que se celebren posteriormente en Africa y en América Latina sirvan también de base para incrementar la asistencia internacional. Hay ya un paralelo en la encuesta análoga llevada a cabo por la Unesco en esas tres regiones, en 1960-1962, con objeto de estudiar el desarrollo de la prensa, la radio, el cine y la televisión; encuesta que dió lugar a que se concediera mayor importancia a la información como campo de actividades de la asistencia técnica. El próximo ciclo de conferencias permitirá también evaluar la legitimidad de las demandas en materia de libros.

El interés que ha suscitado el programa de la Unesco, no sólo en los gobiernos sino también entre los editores, es un signo alentador para el futuro del mismo. Existe un sentimiento palpable de que la Unesco tiene un importante papel en la conducción de las fuerzas que han promovido una revolución en el mundo del libro, haciendo que todos puedan beneficiarse del singular movimiento.

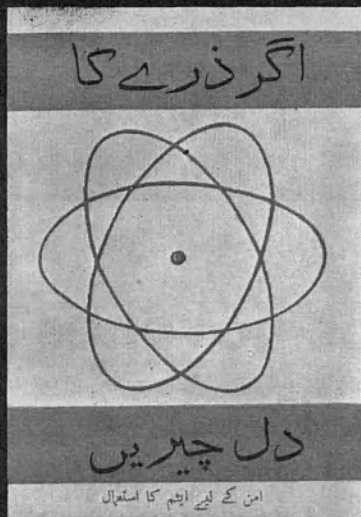
JULIAN BEHRSTOCK es Jefe de la División de Libre Circulación de las Informaciones, que dentro del departamento correspondiente de la Unesco se encarga del programa de expansión del libro en el mundo.



Manual de anatomía en lengua hindi, publicado en Nueva Delhi.

LOS DILEMAS DE LA EDICION EN EL ASIA SUD-ORIENTAL

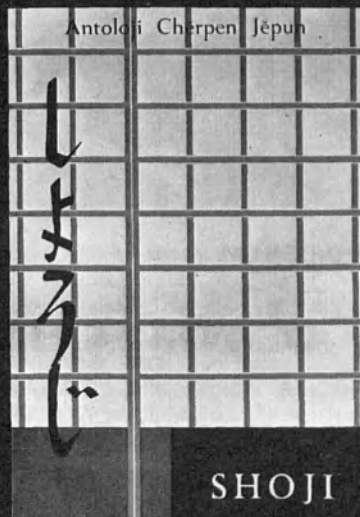
por Om Prakash



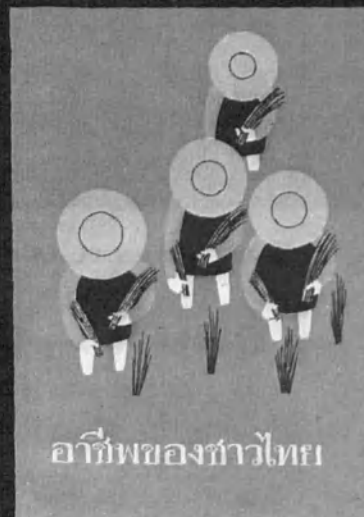
"Utilización pacífica de la energía atómica", libro en urdu publicado en el Pakistán con asistencia de la Unesco.



"Africa", de Vidwan N. Subrahmanian, escrito en tamil y publicado en la India con asistencia de la Unesco.



Antología de novelas cortas japonesas publicada en Malasia en una traducción.



"Nuestros oficios", libro en tai publicado en Bangkok con asistencia de la Unesco.

En el Asia sudoriental (1) viven más de 800 millones de personas, o sea una cuarta parte de los habitantes de la Tierra. Pero de 400.000 libros distintos publicados en el mundo en 1962, sólo se editaron 20.000 en esa región, o sea la vigésima parte del total.

Es evidente que la publicación de libros en el Asia sudoriental se encuentra, en general, en una etapa primitiva de desarrollo. De los catorce países del mundo que en conjunto publican las dos terceras partes de los libros leídos por éste, sólo uno —la India— pertenece al Asia sudoriental. La producción de libros en otras partes de esta región es extremadamente limitada. También lo es la edición de traducciones, y así tenemos que de un total mundial de 32.787 traducciones publicadas en 1962, sólo corresponde al Asia sudoriental un 4.4%, o sea 1.455.

El papel que corresponde a esta región en el comercio internacional de libros muestra todavía mejor el estado embrionario de su industria editorial. Aunque el volumen de exportación de libros de Indonesia, la India y las Filipinas a los Países Bajos, el Reino Unido y los Estados Unidos de América respectivamente sea muy apreciable, la exportación

de libros es cosa de poca monta en el resto de la región. Por otra parte, la importación de libros y periódicos, entre otras publicaciones, puede llegar a representar hasta el uno por ciento del total de importaciones de un país.

La falta de aliento en las actividades editoriales en el Asia sudoriental viene de una serie de elementos de restricción, elementos que van desde los factores que limitan directamente el impulso del mercado, como la escasez de papel y de máquinas, a los de un carácter más general, como la baja capacidad adquisitiva del pueblo y las limitaciones del transporte.

El mayor obstáculo individual a la mayor circulación de materiales de lectura es, sin duda alguna, el alto nivel promedio de analfabetismo en la región. Pero el nivel correspondiente sufre grandes variaciones entre un país y otro: Afganistán y Nepal, entre 95 y 99 %; Irán, entre 85 y 89 %; Indonesia, Laos, el Pakistán, y la República de Vietnam, entre 80 y 84 %; la India, entre 70 y 74 %; Camboja, entre 65 y 69 %; Malasia, entre 50 y 54 %; Birmania, entre

(1) Afganistán, Birmania, Camboja, Ceilán, las Filipinas, la India, Indonesia, el Irán, Laos, Malasia, el Nepal, el Pakistán, Tailandia y el Vietnam.



LA EDICION EN EL ASIA SUDORIENTAL (cont.)

Penuria de obras científicas para los jóvenes

40 y 44 %; Ceilán y Tailandia, entre 30 y 34 %, y Filipinas, entre 25 y 29 %.

Una renta baja «per capita» constituye asimismo una barrera grande al aumento en la lectura. Aunque las ediciones de bolsillo constituyan un medio de aumentar la venta de libros, esa renta «per capita» es de todas maneras tan limitada en la región, que afecta la adquisición así sea de los libros más baratos. Solamente Ceilán, el Irán, Malasia y las Filipinas pueden jactarse de que sus habitantes ganan entre 101 y 300 dólares al año; los demás países de la región están en el grupo de aquellos cuyos habitantes ganan menos de 100.

El tercer obstáculo principal a una mayor producción regional de materiales de lectura surge del estado del comercio, que empeora constantemente. A la gran mayoría de los países del Asia sudoriental —países que sufren de un déficit entre lo que exportan y lo que importan— les es cada vez más difícil importar los materiales y máquinas que necesitan para el esfuerzo editorial que deseen hacer en cada caso.

En toda esta situación desempeña un papel preponderante la cantidad de papel de imprenta de que se disponga. De los tres productores del mismo existentes en la región —la India, el Pakistán y Camboja— la producción de la primera responde sólo al 20 % de la demanda nacional, y únicamente el Pakistán dispone de un exceso para exportar (unas 15.000 toneladas en 1963). La India es el único productor importante de papel de imprenta en toda el Asia sudoriental —fuera del papel de diarios y del papel de escribir— pero el consumo (234.400 toneladas en 1962) no deja en este caso ningún excedente para la exportación. Ningún otro país de la región exporta esos tipos de papel.

En contraste con las deprimentes perspectivas de aumento en la fabricación de papel dentro del Asia sudoriental, se ha vaticinado un aumento considerable en la demanda del mismo. Basándose únicamente en el crecimiento de la población y la renta «per capita» en el Lejano Oriente, se calcula que la demanda de papel de imprenta en la región —excluyendo la China continental— ha de aumentar de

672.000 toneladas en 1955 a 2.920.000 toneladas en 1975.

La reducción del analfabetismo actúa como incentivo poderoso para la demanda de material impreso. Pero los editores de libros en general y los de libros especialmente adecuados para los niños y para la gente que acaba de aprender a leer forman un grupo mucho menor que los que se dedican a publicar textos o libros de enseñanza. En este terreno son muchos los países que confían en las importaciones o en las sucursales de casas editoras extranjeras. En varios países asiáticos todavía se usan como medio de lograr una instrucción avanzada los idiomas extranjeros introducidos por las potencias que los ocuparon años atrás.

En términos generales puede decirse que en la mayoría de los países de la región la actividad editorial es pequeña y rinde muy poco, razón por la cual no ha logrado atraer los capitales necesarios. Las perspectivas son limitadas para los editores de libros en general.

Mientras la demanda de libros siga siendo limitada, como es ahora, persistirá la falta del capital necesario al desarrollo de las editoriales. Mientras tanto, los editores no tienen más remedio que depender de los limitados recursos con que cuentan. En ningún país del Asia sudoriental se encontrará un banco que preste dinero cuando se ofrece como garantía la edición impresa de un libro. Y por lo que respecta a otras fuentes, los préstamos no se conceden a un editor con la misma facilidad que a otros comerciantes, con el resultado de que sus actividades siguen siendo restringidas.

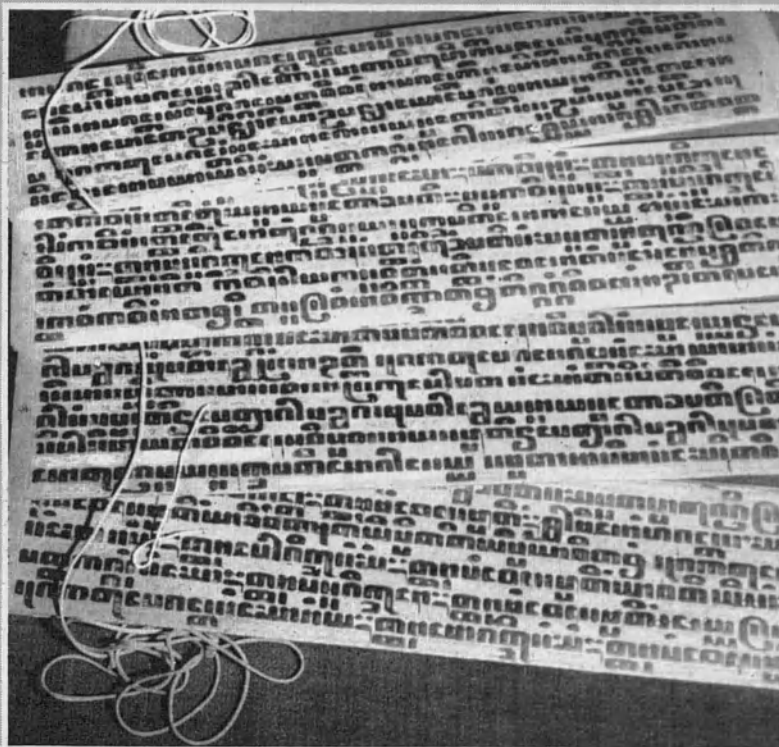
En muchos países de la región el gobierno presta dinero a las pequeñas industrias, comprendidas las imprentas; pero a las casas editoras se les niega esa facilidad. La edición de libros la llevan a cabo empresas pequeñas, a cargo de un solo individuo o de dos socios, siendo muy reducido el número de compañías de base nacional pero asociadas con alguna firma extranjera, y capaces en consecuencia de disponer de los amplios capitales que necesitan.

Hay solamente un pequeño porcentaje de libros que llegan a merecer los honores de la reimpresión; la mayor parte

Hojas de palmera y "granos de tamarindo"

En el Asia del sudeste los libros estuvieron dedicados principalmente, por espacio de varios siglos, a la literatura religiosa. En la gran biblioteca de Adyar, cerca de Madrás, se conservan decenas de millares de estos manuscritos. A la izquierda pueden verse libros de este tipo provenientes de Ceilán; obras búdicas del siglo XVI escritas a estilete en lengua pali sobre hojas de palmera que se unía luego con cordones. A la derecha, manuscrito búdico birmano del siglo XVII. Los signos de esta escritura, que eran negros sobre laca roja y oro, se llamaban «granos de tamarindo».

Fotos © Francis Brunel, París



de las publicaciones tienen que conformarse con una edición y gracias. Excepto los libros religiosos y los tradicionales, hay pocos libros que en el sentido moderno de la expresión puedan llamarse « best-sellers ».

La primera impresión es, por regla general, de:

Ejemplares		Ejemplares	
Singapur	5.000	Ceilán	2.000
Birmania	3.000	Indonesia de 5.000 a 10.000	
Pakistán	5.000	Irán de 1.000 a 10.000	
		India de 1.000 a 3.000	

En lo que respecta a libros para niños y para los que han aprendido recién a leer y escribir, la primera impresión es de:

Ejemplares		Ejemplares	
Singapur	5.000	Ceilán	5.000
Irán	2.000	Birmania	5.000
Pakistán	2.500	Indonesia de 5.000 a 20.000	
		India de 2.000 a 10.000	

Las primeras impresiones más grandes son las de libros de enseñanza, y llegan a ser de:

Ejemplares		Ejemplares	
Singapur	20.000	Ceilán de 7.500 a 50.000	
Irán de 20.000 a 30.000		India de 5.000 a 100.000 y más	

Los textos universitarios se imprimen en ediciones de:

Birmania	2.000	Indonesia, de 3.000 a 5.000
Pakistán de 2.500 a 5.000		

El precio medio de los libros para niños y para personas que recién han aprendido a leer varía, pero considerando la capacidad e inclinación para comprar libros que las gentes de esos países tienen en general, hay que reconocer que es alto. Hasta que el mismo no se rebaje y no se hagan ediciones mucho mayores, no habrá la deseada difusión de ellos en el Asia sud-oriental.

En cuanto a los temas de los libros que se editan con destino a los niños y a las personas que recién han aprendido a leer, hay desde cuentos folklóricos e instrucción moral y religiosa a volúmenes de biografías y de viajes. Hace poco se empezó a publicar una serie de libros sobre los adelantos de la ciencia. De éstos se siente la falta en todos los países de la región, especialmente en los idiomas locales. Por falta de recursos se publican pocas

traducciones de esos libros, no habiendo tenido mayor éxito los intentos realizados hasta la fecha, aunque en su programa para estimular la publicación de materiales de lectura en esa región la Unesco ha apoyado económicamente la publicación de varios títulos escogidos con el fin de promover la comprensión internacional (1).

La casa editora norteamericana Franklin Publications ha destinado un subsidio para ciertos editores de Pakistán y de otros países, subsidio ofrecido en forma de pago por las traducciones para financiar parte de los gastos de impresión. En el caso de los libros a cuya impresión ha ayudado en esa forma, Franklin Publications cobra un pequeño porcentaje de derechos de autor.

Entre los países del Asia sudoriental se llega difícilmente a un acuerdo sobre lo que constituye un «libro», un «diario» o una «revista», Ceilán define el libro como «cualquier número de páginas permanentemente encuadernado entre dos carátulas», lo cual lo obliga a uno a contar como libros los panfletos, folletos, revistas y periódicos. Un libro es «una obra de 8 páginas o más» en Indonesia. Irán lo define como «cualquier impreso encuadernado o por encuadernar en el país que lo importe». La definición filipina es: «un volumen, con o sin tapas, que consista de más de 100 páginas». Tal ambigüedad crea continuas complicaciones, particularmente para los países que importen y exporten libros.

La distribución de libros en el Asia sudoriental no presenta tampoco un cuadro muy estimulante. Aparte de las librerías, hay pequeños kioscos y venta callejera con libros dispuestos en el suelo, así como vendedores de periódicos que se encargan también de colocar libros; pero todo ello está mal organizado, y no se puede contar financieramente con ninguna de estas formas de venta. Pocos de los que se encargan de ellas tienen cuenta en un banco o disponen de la capacidad o la voluntad de atender los pedidos de lectores inteligentes o cultivados.

Los vendedores de kioscos tienen poco interés por los libros, excepción hecha de ciertas ediciones de bolsillo vendidas a bajo precio y que tienen salida inmediata. Las librerías mejores practican la compra regular de

(1) En 1958 se creó, en colaboración con el gobierno del Pakistán, un Centro de la Unesco para materiales de lectura con objeto de promover la publicación de éstos en los diversos idiomas nacionales y su distribución a un público cada vez más vasto.

Papeleo y escasez de papel

«stocks» de libros, y en la mayor parte de los países del Asia sudoriental este «stock» se forma con libros importados antes que con los publicados en los idiomas de cada país. Los libreros que tienen existencia de estos últimos se dedican, de preferencia, a textos de enseñanza cuya venta está asegurada. La distribución de libros dedicados a temas generales tropieza, por consiguiente, con grandes obstáculos.

Un factor que perjudica el desarrollo del comercio de libros en todos los países de la región es la práctica generalizada de la rebaja de precios y la competencia a rajatabla. El precio impreso en la carátula no significa mucho, ya que el comprador puede regatear para obtener una rebaja. A falta de una demanda grande, un editor o un librero no vacilan en vender un libro al precio menor que se les ofrece por él, en vez de resistirse a soltarlo.

El librero hace presión continua sobre el editor para que le conceda un descuento mayor que le permita quedarse con alguna ganancia una vez que le ha hecho una rebaja a su cliente, pero aunque lo consiga, el resultado es que no le queda lo suficiente para cubrir sus gastos o guardar un pequeño beneficio. La venta de libros es un negocio muy poco lucrativo, y no alcanza a dar a la industria editorial el apoyo que ésta espera de él.

Por ser tan magras las ganancias que resultan de una traducción publicada en la mayor parte de los países del Asia sudoriental, muchos autores y editores occidentales se resisten a ceder los derechos de traducción de sus libros a los editores de esa región. Los precios de un libro traducido son inferiores a los de la edición original, aunque el tiraje sea reducido y haya que agregar todavía la carga extra de los gastos de traducción. Fuera de ello, cuando un editor asiático no paga los derechos de autor, el editor extranjero no puede hacer nada contra él. Los editores del Occidente, en consecuencia, tienden a exigir un fuerte adelanto de derechos de autor, adelanto que a sus colegas orientales les es difícil pagar.

En la mayor parte de los países del Asia sudoriental, por otra parte, hay que obtener un permiso para importar libros. En este sentido el Irán y Singapur constituyen dos notorias excepciones. En casi todos los lugares del Asia sudoriental el sistema que se sigue para obtener permisos de importación es engorroso y se ve complicado por un excesivo papeleo administrativo.

Los países de esta región que están en vías de desarrollo podrían derivar grandes ventajas de la «revolución del libro de bolsillo», pero las perspectivas de que éste se publique en la región no son muy alentadoras. Hay un número reducido de editores dedicados a él; como es reducido también el número de títulos que publican y de ejemplares que imprimen.

En Singapur son seis los editores que sacan a luz actualmente estos libros en ediciones económicas, siendo el tiraje inicial de 5.000 ejemplares. Ceilán tiene que empezar todavía a publicar ediciones de bolsillo, pero en Birmania ya se conocen, limitándose también la primera impresión a 5.000 ejemplares. La cifra llega al doble en los casos de Indonesia (dos editores) y del Irán (cuatro). En el Pakistán los editores no se dedican todavía en serio a la producción de libros de bolsillo. Uno o dos han tratado de hacerlo, pero sin pasar de los cuatro mil ejemplares en la primera impresión.

En la India hay una serie de editores que se han aplicado con éxito a publicar estas ediciones económicas, impresas en hindi y otros idiomas, aunque el negocio decaiga algo actualmente por el alto porcentaje de ejemplares no vendidos que los kioscos devuelven al editor. En el idioma oficial del país —el hindi— los resultados han sido buenos, oscilando las primeras impresiones entre 5.000 y 25.000 ejemplares.



Foto © J.-P. Charbonnier — Réalités

En el Occidente la mayor parte de los que editan libros de bolsillo utilizan para ello papel de diario. Pero como hay escasez de éste en los países del Asia sudoriental, las autoridades limitan severamente su uso en la impresión de esas ediciones económicas. El papel de mejor calidad, que se puede utilizar también para la impresión de libros, se importa en su mayor parte, y sólo se lo puede obtener en cantidades limitadas con un permiso especial y otro de importación.

Las tarifas de aduana y el impuesto de importación sobre el papel hacen subir el costo de esas ediciones de bolsillo, y otra causa de los altos precios de éstas es lo limitado de las primeras impresiones. Si se compara el precio de estos libros con el que tienen entre el gran público comprador de los Estados Unidos de América, que produce, por ejemplo, ediciones de «bolsillo» a 25 y 35 centavos de dólar, el que se les fije en la India no debía pasar de un cuarto de rupia (5 centavos de dólar); pero el precio verdadero es de una rupia, por lo cual no se los puede calificar de baratos. Lo parecen así al comprador sólo porque en las ediciones encuadernadas de 1.000 a 3.000 ejemplares cada una el libro le cuesta tres rupias en vez de una.



11 millones de ejemplares de una novela japonesa en 21 volúmenes

El Japón ocupa el quinto lugar del mundo por lo que respecta a los libros editados. Con los 342.790.000 de ejemplares publicados en 1964, éste ha sido para los editores japoneses el mejor de los últimos 10 años. La producción de 1964 comprende 32.229 obras diversas, de las que 13.927 aparecían por primera vez. El número total de libros publicados anualmente aumentó en un 17 % en el curso de ese año con relación al de 1963. El valor total de los libros publicados ascendió así a 128.424.000.000 de yens, o sea unos 3.500.000 dólares.

He aquí algunos datos sobre las diversas categorías de obras publicadas en 1964 : obras sobre temas generales, 503 títulos ; filosofía, 548 ; historia y geografía, 112 ; ciencias económicas, 1.233 ; tecnología, 1.765 ; literatura, 4.586 ; libros de referencia, 5.433 ; libros de los llamados « de bolsillo », 3.078 ; libros para niños, 2.918 ; diccionarios, 219.

El considerable aumento de la producción en el curso de 1964 se debe a diversos factores, entre los cuales cabe subrayar, en primer lugar, la elevación del nivel de vida. En las librerías se arracima una verdadera muchedumbre de compradores. Y como consecuencia del ejercicio cotidiano de la lectura, la venta de diccionarios y enciclopedias es mayor que nunca. Por otra parte, los japoneses dan muestras de un especial interés por la historia al acercarse la fecha (1967) en que han de cumplirse 100 años de la restauración Meiji, por la que el Japón se convirtió en Estado moderno. Así se explica que una novela histórica en 21 volúmenes original de Sohatchi Yamaoka, —«Tokugaea leyasu»— haya alcanzado en 1964 una venta de 11 millones de ejemplares.

En abril de 1964 la producción de los libros llamados « de bolsillo » llegó a constituir el 20 % de la producción editorial en conjunto, y desde entonces no cesa de aumentar. Pero no por ello se ha estancado la producción de libros de formato grande, sensiblemente más caros que los de bolsillo, ya que hay un tipo de lector que busca la edición de calidad, y en proporción ésta deja mayores ganancias.

Shin-Ichi Hasegawa.

La diversidad de los idiomas que se habla en el Asia sudoriental constituye también un problema. En Ceilán hay dos idiomas, el singala y el tamil, en que publicar esas ediciones económicas ; en Indonesia el bhasa y el malayo, que se escriben igual, excepto por lo que se refiere a ciertas diferencias ortográficas ; y al nivel oficial, tanto el gobierno de Indonesia como el de Malasia han hecho esfuerzos por igualar la ortografía. En Indonesia se hablan también el javanés, el madurés y el sudanés, pero hay poca demanda de libros en estos idiomas.

En el Pakistán se piden libros en urdu y bengalí, mientras que en la India hay que imprimirlos en hindi, urdu, cachemiro, bengalí, marati, gujarati, punjabi, oriya, asamés, tamil, telugu, malayalam y kanada. Para Birmania y el Irán no se requiere sino un idioma: birmano en el primer caso y farsi en el segundo. En Camboja, las Filipinas y Laos hay que imprimir libros en khmer, tagalog y loacio, respectivamente. En Ceilán, el Pakistán, las Filipinas, la India y Malasia hay también, hasta cierto punto, consumo de libros en inglés. Todas las escrituras en uso en el Asia sudoriental son no-ideográficas y, con excepción del farsi, del pushto, del kashmiri y del urdu, se escriben e imprimen de izquierda a derecha, como las occidentales.

Por último, las dificultades que presenta la impresión de libros bien concebidos e ilustrados, especialmente los de carácter científico con destino a los niños y a las personas que hayan aprendido recién a leer, no son fáciles de superar si el esfuerzo queda librado enteramente a los particulares. La mayor parte de los editores de la región reconocen que, siempre que sea posible, el esfuerzo ha de ser colectivo si se quiere fomentar la producción en masa de esos materiales de lectura ; así se podría garantizar una mejor calidad y reducir el costo. Entre los temas más indicados para los libros a producirse en esta forma cooperativa están la ciencia elemental, la salud pública, la flora y la fauna asiáticas, y el folklore y la filosofía de la región. Todos esos libros podrían convertirse en instrumento de una mejor comprensión entre los países de ésta.

OM PRAKASH, especialista indio en materia de edición y difusión de libros, es Presidente de la «All-India Hindi Publishers' Association» en Nueva Delhi. Por un estudio más completo de los resultados de la encuesta llevada a cabo por Prakash en el Asia sudoriental, el lector puede referirse al folleto de la Unesco «Libros para los países en vías de desarrollo - Asia/Africa» publicado en francés y en venta al precio de 2 Fs. el ejemplar.

CONTINENTE EN BUSCA DE EDITORES

Importante estudio de la
Unesco sobre Africa

por Clifford M. Fyle

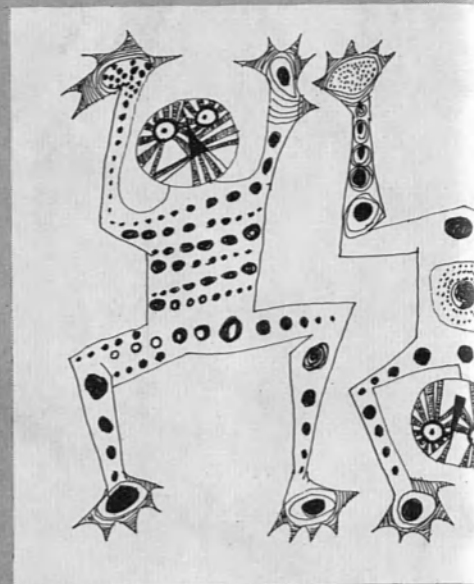
Uno oye decir con frecuencia que la falta de lectores constituye en el momento actual un obstáculo grande a la implantación o al desarrollo de casas editoras dignas de tal nombre en los países que se encuentran en vías de desarrollo.

Sólo unos 20 Estados africanos pueden, en razón del número de habitantes con que cuentan, nutrir la ambición de crear una industria del libro tan variada como próspera, debiendo contentarse la mayor parte de los demás con una o dos casas editoras que cubran sus gastos, y seis de entre ellos con una sola, que se las verá en figurillas para subsistir por sus propios medios.

Tales cálculos sirven únicamente para los Estados en que todos los habitantes sean lectores en potencia, cosa que está muy lejos de ocurrir en la realidad. El número de adultos alfabetizados es muy limitado en la actualidad, y la mejor clientela de los editores se encuentra entre los escolares. De cualquier modo, también se está lejos de haber alcanzado a un máximo por lo que a éstos respecta; por término medio, el número de niños que van a la escuela y leen libros no representa sino una parte reducida de la población infantil que debería hacerlo.

Así y todo, gracias a la instauración de la enseñanza primaria gratuita y obligatoria en ciertos países como Ghana, a la elevación del nivel de enseñanza y a la extensión de la enseñanza universitaria, se llega a registrar progresos que a veces son rápidos. El desarrollo de las empresas editoras de libros ha de sufrir los efectos favorables de todo ello.

Las campañas de alfabetización en masa —especialmente de adultos— dan igualmente resultados reconfortantes. Para no citar sino dos ejemplos, Ghana ha adoptado un plan de lucha contra el analfabetismo que ha de durar diez años, y el Sudán se propone formar 200.000 ciudadanos letrados en cinco años. Desde ahora está igualmente claro que en numerosos Estados se considera que la falta temporal de un número suficiente de lectores no constituye ya un obstáculo mayor a la implantación de una industria del libro. Los elevados gastos de producción y la falta de



redes eficaces de distribución constituyen, por otra parte, obstáculos serios a la misma.

La instalación y desarrollo de una industria del libro en los países en vías de desarrollo está condicionada, ante todo, por la necesidad que haya de leer. Una encuesta llevada a cabo en Africa ha permitido establecer una lista de prioridades que, a decir verdad, no causa sorpresa alguna.

Los libros infantiles, en efecto, son los que están en mayor demanda, así como las obras de ciencias, de geografía y de historia. Crece el estudio de los idiomas y se despierta el interés por la producción literaria, pero ese interés es muy débil en el caso de los libros de arte, de filosofía y de psicología. Las obras que contribuyen directamente al desarrollo socio-económico tienen prioridad para los editores, aunque esta situación habrá de verse llamada a una rápida modificación con la aparición de una nueva clase burguesa, consumidora de obras de carácter desinteresado.

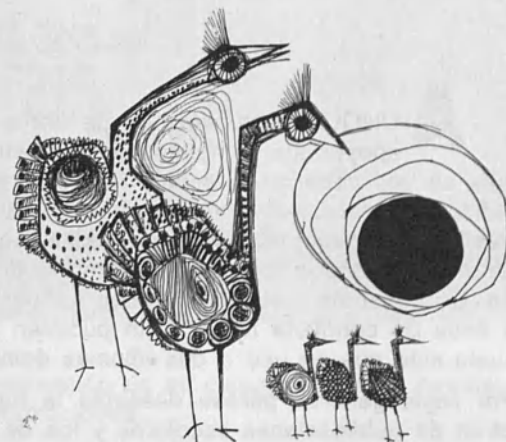
The Moon

CANNOT
Fight



El impulso poético que ha dejado tan profunda impronta en la tradición oral africana encuentra creciente expresión en el libro. Aquí podemos ver algunas de las ilustraciones para una colección de poemas yurubas editada, bajo el título de « La luna no puede combatir », por las Publicaciones Mbari de Ibadán (Nigeria).

Dibujos © Publicaciones Mbari, Ibadán



Dentro de este terreno de la edición de libros, es difícil precisar la actividad de los países en vías de desarrollo. Los países africanos son tributarios, en gran medida, de las importaciones. De 25 países examinados se ha podido constatar que 8 no editan nada y que 14 no publican ningún texto de enseñanza primaria.

¿Quiere ello decir que los países africanos tienen interés en seguir aprovisionándose de libros en el extranjero? Cabe hacer la pregunta a condición, desde luego, de que se reduzcan a un mínimo los gastos de transporte y que se establezcan un poco por todas partes sistemas eficaces de distribución. Pues bien, no; los estudios serios que se han hecho de la cuestión han demostrado, por el contrario, que habría todas las ventajas en que los países en vías de desarrollo poseyeran sus propios medios de edición, cosa que contribuye a la expansión industrial y al desarrollo económico a largo plazo al mismo tiempo que satisface el orgullo nacional. Por otra parte, un escritor o un editor oriundos de uno de estos países en vías de desarrollo

será siempre más sensible al modo de pensar y de sentir de la colectividad en que vive que no importa cuál otro profesional de la edición.

Y esta edición, en un país en vías de desarrollo, ¿debe estar en manos del Estado o ser obra de la empresa privada? En Africa hay países que se inclinan a montar editoriales del Estado para la producción tanto de sus libros escolares como de los que se destinan a la masa. En las máquinas de la imprenta nacional de Conakry, Guinea imprime obras de doctrina política. La edición por el Estado ofrece ventajas sustanciales, de las cuales no es la menor el costo reducido de la impresión. En los países económicamente débiles es donde ha de dar mejores resultados; pero no es cuestión de renunciar por eso a las empresas privadas que, por lo demás, están ya instaladas desde hace tiempo en muchos de ellos.

En el caso de Africa, por ejemplo, es innegable que una solución mixta ha de dar resultados fructuosos. Ciertos

SIGUE A LA VUELTA

Abrir a los libros el camino de la aldea

países la han adoptado ya, suministrando los editores extranjeros parte de los capitales y su experiencia, que es inestimable, y aportando los países africanos, por su parte, la mitad del capital y el personal que ha de adiestrarse en el oficio.

En la mayor parte de los casos, ni los editores privados locales ni los extranjeros pueden producir a precios accesibles al consumidor medio los libros escolares y los libros de masas que los países en vías de desarrollo necesitan en mayor cantidad. La diversidad de las lenguas vernáculas y la necesidad de adaptar esos libros al medio socio-cultural en que han de leerse plantean problemas insolubles en el plano económico.

En estos momentos, la mayor parte de los textos de enseñanza primaria se imprimen en función de vastas áreas culturales. En la medida de lo posible, los editores tienen en cuenta las necesidades concretas de cada país, pero no aportan sino cambios menores en textos que habría que rehacer totalmente para adaptarlos al medio sociológico y las características nacionales, cuando no regionales,

La mejor solución para los países de densidad demográfica débil consiste en la creación de casas editoras, centralizadas y financiadas, en parte o totalmente, por los gobiernos, pero capaces de conservar su libertad de acción en la gestión y planificación de la forma en que hayan de satisfacer las necesidades del mercado.

AUNQUE la publicación de libros destinados a apoyar las campañas de alfabetización de las masas se vea considerablemente impedida por el número de idiomas vernáculos —un país de dos millones de habitantes está obligado, por ejemplo, a editar en siete idiomas distintos— no ocurre lo mismo con las publicaciones escolares. Gobernantes y educadores han adoptado al respecto una línea de conducta firme, y no publican sus textos de escuela más que en uno o dos idiomas dominantes.

Por regla general, parece deseable la fusión entre los centros de publicaciones escolares y los de publicaciones para la educación de las masas. ¿Supone la edición de estos libros la instalación previa de imprentas especiales? Es lo que uno se siente tentado a creer. Pero quiere una regla de oro que un país no tenga que poseer por fuerza sus propios medios de impresión para lanzarse a la edición de libros necesarios al desarrollo de la educación.

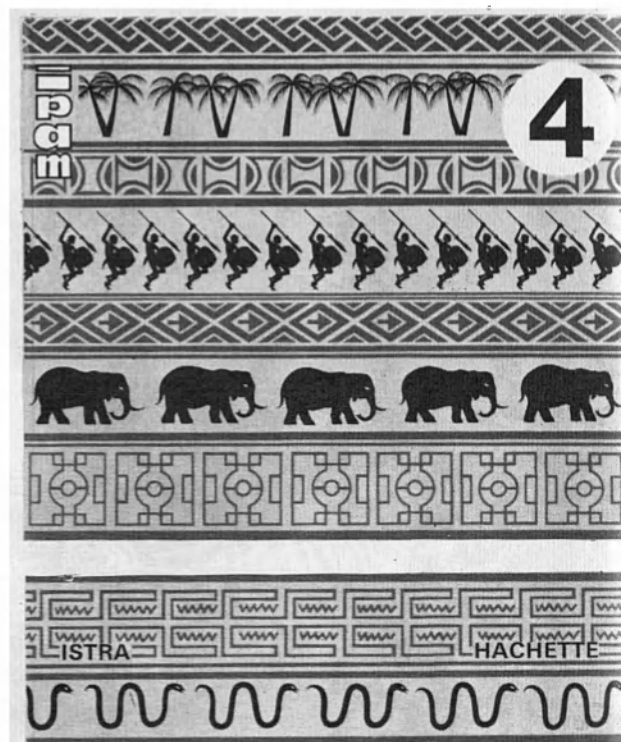
En el mundo en general son pocos los editores que imprimen sus propios libros. Hay editores norteamericanos que hacen fabricar en Tokio las obras que publican, colegas suyos británicos que las imprimen en Hong-Kong, y editores franceses que recurren a menudo a los servicios de los impresores de los Países Bajos.

No por ello cabe negar la importancia de las imprentas. Africa está cruelmente desprovista de ellas. En escala regional sus imprentas pueden responder a las exigencias actuales del mercado; pero el análisis país por país revela situaciones catastróficas. Ciertos países como la República Árabe Unida, Nigeria, Kenya, la Rhodesia del Sur o la República Democrática del Congo disponen de una notable concentración de medios de impresión; pero la mayor parte de los otros no tienen más que una sola imprenta, y los hay que ni eso siquiera.

Los Estados africanos no parecen considerar la coope-

ración regional como la mejor solución a los problemas que les plantea la impresión de libros; cada uno quiere ser dueño de lo suyo. Por esta razón, el Centro de producción de libros escolares instalado por la Unesco en Yaoundé (Camerún), centro que ofrece la posibilidad de imprimir manuales escolares para cinco países vecinos: Camerún, Congo-Brazzaville, Gabón, República Centroafricana y Tchad, constituye una experiencia que quizá sea difícil realizar en otras regiones de Africa. Ello no quiere decir que el Centro no haya funcionado como se debe, pero ha de rendir sin duda mejores servicios si se transforma en centro de formación de impresores y editores africanos.

La instalación y desarrollo de medios de impresión en los países africanos dependen asimismo de cierto número de factores. Entre los más importantes cuéntanse la forma-



En los países del Africa negra se utilizan todavía numerosos manuales escolares publicados fuera del continente. Aquí véanse adornos de la carátula de un manual de francés editado en Francia.

ción de personal calificado, la instalación de una infraestructura de máquinas y piezas de repuesto, el aprovisionamiento y almacenamiento de papel, la existencia de fuentes de energía eléctrica, etc.

De todo cuanto precede puede sacarse en conclusión que para estimular la creación de medios de impresión en los países en vías de desarrollo es indispensable fundar editoriales. La creación de un centro de ediciones en Jamaica, en el seno del Ministerio de Educación, ha condicionado el desarrollo de los medios de impresión hasta tal punto que ese país, bien pequeño por cierto, cuenta hoy con dos grandes imprentas capaces de producir eficazmente una gama completa de libros tanto para las escuelas como para la alfabetización de adultos.

Pero la impresión comercial de libros en los países de los que nos venimos ocupando tropieza con un serio obstáculo: el precio de costo. Son muchos los editores que se quejan de los precios de las imprentas locales, precios mucho más elevados que los que cotiza la competencia extranjera. Es un problema difícil de resolver: las imprentas

nuevas están obligadas a imponer sus precios, mientras que los editores no pueden vender más caros sus libros so pena de perder su clientela. Tanto impresores como editores tienen que encontrar una fórmula de transacción si no quieren comprometer el porvenir de su industria.

Relativamente pobres en imprentas, los países que están en vías de desarrollo lo son también en fuentes de producción de papel. Tanto en Africa como en Asia, el consumo de éste no ha hecho otra que aumentar en el curso de los últimos años. La demanda de ambos continentes se calculaba para 1960 en un millón y cuarto de toneladas; en 1975 ha de ser de cinco millones. Pero aunque estos cinco millones no representan sino la décima parte del consumo mundial, es de dudar que Africa y Asia puedan producirlos, y menos aún comprarlos.

Considerables gastos de transporte, sistemas de distribución muy imperfectos todavía, junto con tasas muy elevadas de importación (estas tasas varían mucho entre un país y otro pero en el Africa se sitúan, por término medio, entre el 20 y 30 %) hacen que el precio del papel sea en este continente casi el doble de caro de lo que es en el mercado mundial. En este caso, como en otros, la ayuda extranjera puede resultar fructuosa. En el mundo no falta papel.

Se ha prestado, en cumplimiento de acuerdos bilaterales, ayuda sustancial a varios países grandes; pero las necesidades de los pequeños son más difíciles de satisfacer. La ayuda multilateral podría efectuarse bajo la forma de «donación condicionada» (obligando al país beneficiario a aprovisionarse en el país donante) o de organismo internacional que funcionara como vasta agencia de información y, sin dejar de estimular la ejecución de los proyectos más interesantes, orientara la ayuda hacia los países pequeños, facilitando los contactos bilaterales sin suscitarlos directamente.

Los gobiernos, por su parte, deberían rebajar, cuando no suprimir, los derechos de aduana e impuestos a la importación de papel, a condición de que éste sirva para imprimir libros necesarios a la enseñanza de jóvenes y adultos; y además liberar las divisas extranjeras necesarias a esas importaciones de papel, medidas que podrían extenderse igualmente al material de imprenta.

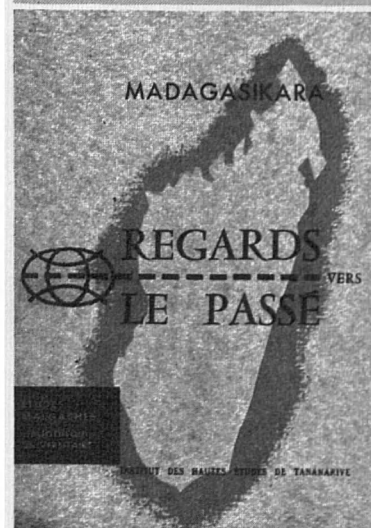
Sea como fuere, los países en vías de desarrollo no quieren ya depender, en la medida de lo posible, del extranjero, ni para satisfacer su demanda de papel ni para el material necesario a sus imprentas. Muchos países africanos han formulado planes de construcción de molinos, y uno de ellos se interesa particularmente en las experiencias de extracción de papel del eucalipto, que crece en gran cantidad en sus fronteras.

Tales planes no los librarán todavía, por espacio de muchos años, de tener que aprovisionarse en el extranjero, tanto más cuanto que la instalación de fábricas de papel va ligada también a la existencia de una infraestructura apropiada: fuentes de energía eléctrica, industrias químicas, transportes, etc., que falta en muchos casos (más todavía que las materias primas).

Como en toda región en vías de desarrollo, en Africa el libro debe poder comprarse a precios muy bajos en razón del bajo nivel de vida del africano medio, lo cual exige la reducción, sino la supresión, de los impuestos a las importaciones, las exportaciones y la venta de libros. Es natural que éstos gocen de una situación privilegiada frente a los otros productos importados —sobre todo los de lujo— por tener un papel de primer orden en el desarrollo de una



Manual de geografía publicado en Adis-Abeba.



Una publicación del Instituto de Altos Estudios de Tananarive (Madagascar).

nación, la preservación de su cultura y la libre circulación de ideas e informaciones.

Aunque sean solamente una docena los Estados africanos que se han adherido a la convención de la Unesco sobre importación de materiales educativos, científicos y culturales, parece que la mayor parte de los demás se hubieran suscrito al espíritu de esa convención al autorizar la libre importación de libros en sus respectivos territorios.

En los países en vías de desarrollo, los problemas de difusión y distribución de libros merecen una atención particularísima. En las grandes ciudades se han instalado con éxito librerías notables por su organización y sus comodidades, pero su implantación en los centros rurales tropieza con dificultades tan variadas como imprevistas, relacionadas por lo general con las tradiciones locales.

Ha debido recurrirse así a procedimientos muy poco convencionales de distribución: venta de puerta en puerta, pequeños puestos callejeros, librerías volantes, pequeñas librerías unidas a las escuelas, etc., pero hay que reconocer que las esperanzas puestas en la eficacia de estos medios se han desvanecido bien pronto por cierto. Por regla general, son las librerías las que dan, de lejos, el mejor rendimiento, mientras que los vendedores de puerta en puerta, que también van de aldea en aldea, colocan muchos menos libros de los que se cree.

Publicaciones de la Unesco sobre libros

El acceso a los libros. Unesco * \$0,20;

La biblioteca pública de Delhi — un trabajo de evaluación, por Frank M. Gardner, Unesco, 1956, \$1,50;

La biblioteca pública y su misión, por André Maurois, Unesco, 1963 *, gratuito;

Boletín de derecho de autor (Trilingüe: Eng.-Fr.-Esp.), publicado anualmente desde 1964, \$5,00;

Desarrollo de las bibliotecas públicas en América Latina, Conferencia de São Paulo, Unesco, 1953 *, \$1;

Index Translationum, vol. XVI (última edición) en rústica \$ 25,00; encuadernado \$28,00;

Manual de canje internacional de publicaciones (cuadrilingüe: Ing., Fr.-Esp.-Rus.). Unesco, 1964, \$7,50; encuadernado: \$8,50;

La reforma de los manuales escolares y del material de enseñanza — Cómo ponerlos al servicio de la comprensión internacional, Unesco, 1951 *, \$1,20;

Boletín de la Unesco para las bibliotecas, bimestral, suscripción anual \$3,50, ejemplar suelto \$0,75.

* Agotado. Puede consultárselo en las bibliotecas. Los precios de estas publicaciones están dados en dólares.

Artículos aparecidos en "El Correo de la Unesco"

JUNIO 1948: Traducción y difusión de las obras clásicas, por H.M. Barnes, Jr.; Conflictos de leyes en la aplicación del copyright, por François Hepp; Ediciones populares — el libro debe estar al alcance de todos.

OCTUBRE 1948: Hacia el mejoramiento de los textos escolares, por J. James Quillen.

JUNIO 1949: Cooperación entre bibliotecarios.

AGOSTO 1949: Las ediciones de libros baratos, por J.L. Crammer.

SEPTIEMBRE 1949: La circulación internacional de publicaciones; La obra de la Unesco en la reconstrucción y desarrollo de las bibliotecas.

JUNIO 1950: Las nuevas traducciones de Avicena y Algacel.

SEPTIEMBRE 1950: Las bibliotecas públicas al servicio de la educación de adultos.

ENERO 1951: La biblioteca pública al servicio del progreso.

MARZO 1951: He aquí la obra realizada por la Care-Unesco.

JULIO 1952: Contraste de gustos entre Oriente y Occidente — Lo que prefieren leer las gentes en Delhi, por Frank M. Gardner.

DICIEMBRE 1952: «Estaba escrito» — La Convención Universal de Derecho de Autor de Ginebra, por José de Benito.

JUNIO 1953 (Número especial sobre el libro): La biblioteca pública— fuerza para la educación popular; Los libros se han liberado de las cadenas, por Francis L. Kent; Libros en la selva africana; Se han derribado los muros, por Karl Detzer; Biblioteca infantil: paraíso de los chiquillos de Sao Paulo, por S.M. Koffler; Pinocho y Babar enseñan idiomas en Munich; Aquí llega la biblioteca circulante, por Gladys Skelley; Buscando el romance y la historia en las bibliotecas de barrio de París, por Georges Fradier; Un taxista sikh descubre el camino a la biblioteca, por Frank M. Gardner.

ABRIL-MAYO 1954: Almería, la vida cultural de una provincia olvidada, por Joaquín Tena Artigas.

MARZO-ABRIL 1955: Munich: Taller de literatura juvenil, por Brigitte Gnauck.

FEBRERO 1956: La más activa biblioteca pública de Asia, por Frank M. Gardner.

ENERO 1957: Joyeles de pintura y caligrafía.

FEBRERO 1957 (número especial sobre el libro): Cuando un libro no es un libro; Paseo con las sombras ilustres, por Gabrielle Cabrini; La carrera hacia la fama, por Gabrielle Cabrini; Más traducidos en el mundo (1948 a 1955); Más traducidos en 1955 por países; Vitrina de curiosidades; Hospital del libro en Roma; 5.000 millones de ejemplares por año; Platón en la máquina automática, por Bertha Gaster; Faulkner y Maugham en ruso; Los hombres de hábitos negros, por Jorge Carrera Andrade; La televisión invita a leer, por Henry Cassirer; El dilema del editor; Libros científicos de éxito.

JUNIO 1957: Escritores de Oriente y Occidente, por M. Arrhe; Lista completa de obras de la colección Unesco.

MARZO 1958: Lectura para los que saben leer, por J.E. Morpurgo.

ABRIL 1958: La traducción en el mundo moderno, por E. Cary; Puentes entre Asia y Occidente, por Robert L. Collison.

ENERO 1960: Libros sobre ruedas.

ABRIL 1961: El Japon no está reflejado como se debe, por Tatsumi Shimada.

MAYO 1961: André Maurois habla de libros y bibliotecas.

MAYO 1962: Tradicionalismo y modernismo del cuento en el Japón, por Ivan Morris.

ENERO 1963: Bibliotecas del mañana, por J.H. Spera.

FEBRERO 1963: La compuerta cerrada; Oriente y Occidente a través de sus traducciones, por Robert Collison.

Todos estos números están agotados, pero se los puede consultar en las bibliotecas públicas.

CONTINENTE EN BUSCA DE EDITORES (cont.)

Es necesario que cada grand ciudad tenga su librería y cada país su cadena de librerías, en cuya financiación deberían participar los gobiernos, ya que las inversiones de dinero hechas en este terreno no se pierden nunca.

En las zonas rurales, las librerías unidas a las escuelas, librerías que puede administrar algún maestro, rinden, al igual de las librerías volantes, servicios preciosísimos. En el medio rural una librería no tiene únicamente por función la de vender libros, sino también la de hacerlos conocer y querer.

32 Si tantas librerías rurales hacen mal negocio en los países en vías de desarrollo, ello se debe a que les falta preparación profesional.

Una buena red de bibliotecas públicas puede dar igual-

mente a sus lectores el gusto y la gana de poseer bibliotecas personales; estas bibliotecas estimulan también el desarrollo de las empresas editoriales. Pero este desarrollo está indisolublemente unido a la formación de personal diestro, y en este sentido hay gran urgencia en formar una serie de editores africanos en las mejores condiciones posibles y con la ayuda experta de los grandes editores extranjeros.

CLIFFORD M. FYLE, alto funcionario del Ministerio de Educación en Freetown (Sierra Leona) ha sido encargado por la Unesco del estudio de la producción y difusión del libro en Africa. El que se interese por tener más amplias informaciones sobre el resultado de su encuesta puede consultar el folleto de la Unesco Livres pour les pays en voie de développement - Asie/Afrique, 1965, que se vende al precio de 2 francos.

Los lectores nos escriben

Los disfraces del disfraz

Después de leer el artículo de Seymour Fersh «Las palabras y su disfraz» en el número de febrero de este año, me gustaría, como hombre que trabaja en el terreno de la semántica, hacer unas pocas consideraciones sobre su publicación en esa revista.

Ultimamente se ha venido uso del término «semántica» en relación con diversas corrientes de ideas, con lo cual la palabra ha adquirido una multiplicidad de significados que a veces tiene por resultado inevitable una serie de malentendidos graves y otras se explota deliberadamente para servir determinados fines.

Los primeros en hacer uso del término fueron dos lingüistas, el filólogo alemán Reisch (1839) y luego el francés Michel Breal (1897), habiéndose hecho común en la actualidad para designar la disciplina que tiene que ver con el significado de las palabras.

El término sirvió más tarde para denotar una de las tres ramas de la semiótica, la teoría de los signos y símbolos desarrollada por Charles Pearce, Charles Morris y otros. Dentro de la semiótica, corresponde a la semántica el estudio de las connotaciones de los signos. La semiótica es afín a esa tendencia del neopositivismo moderno designada en los trabajos científicos con el nombre de filosofía semántica (semántica lógica) y que analiza la verdad y mentira de las denotaciones lingüísticas.

La semántica general quedó establecida en 1933 al publicarse el libro de Alfred Korzibsky «Ciencia y salud». Esta semántica nada tiene que ver con la que describimos arriba, aunque se esfuerce por esgrimir los argumentos de aquella y se enfrente con algunos de sus problemas (dentro de un contexto grandemente modificado), tratando en general, por todos los medios, de usar como base la «semántica académica».

Por otro lado ésta se aparta, en todas sus tendencias, de la semántica general, encontrando desconcertantes y perturbadoras sus relaciones con la misma. Una de las principales figuras del neopositivismo semántico, Alfred Tarsk, al disociarse de las funciones y propósitos de la semántica general, dice: «La semántica... es una disciplina sobria y modesta, sin pretensiones de panacea universal para todos los males que aquejan a la humanidad, sean ellos reales o imaginarios. En la semántica no se hallará por cierto ningún remedio para dientes careados o delirios de grandeza o conflictos de clase. El conocido lingüista norteamericano Eugene Nida dice que el uso de la palabra «semántica» por Korzibsky no estaba justificado, y añade que las pretensiones de éste han transformado a la

semántica en una especie de ética... y casi en una religión».

Todas estas manifestaciones dan idea de lo que se trata con la semántica general. Las promesas son muchas: desenmascarar la lógica aristotélica, crear una teoría del conocimiento, establecer la paz y la armonía social sobre la tierra, librar a los hombres de la tiranía del lenguaje, introducir una higiene del pensamiento, etc. Definir sus funciones y propósitos es, por consiguiente, cosa harto difícil, pero así y todo, los discípulos de Korzibsky: S. J. Hayakawa, Irving Lee, Stuart Chase, Anatol Rapoport y otros, lo han hecho de diversas maneras.

Stuart Chase parece haber dado la definición de los propósitos de la semántica que cuenta con más amplia aceptación. Dichos propósitos son, según éste, ayudarnos a hacer una valuación más precisa del ambiente, o sea, enseñar a pensar correctamente; mejorar la comunicación, tanto de parte del que habla como del que escucha, y, sobre esa base, desarrollar la higiene mental.

Pese a sus congresos internacionales, la semántica general es un movimiento evidentemente localizado; y pese a haber hecho todo lo posible por franquear las fronteras de los Estados Unidos de América, allí se ha quedado. La revista «Etcétera» es el órgano teórico y de propaganda del movimiento, que recluta sus partidarios entre los economistas, abogados, periodistas, viajeros de comercio, etc., que tratan de practicar en su negocio o actividad los principios de la semántica general.

Aunque a veces se diga de ésta que es un movimiento filosófico definido, en realidad no hay lugar para hacerlo así. Verdad es que las obras del representante más serio del movimiento, Anatol Rapoport, revelan un esfuerzo por limitar la semántica general a un marco científico y examinar cierto número de problemas cognoscológicos. Pero, como he dicho ya, todos sus elementos de teoría científica están tomados de otras esferas (gracias a la multiplicidad de significados del término «semántica») y deben considerarse como tales. La semántica general sopesa estos problemas mirándolos desde el punto de vista de su significado pragmático, y en consecuencia no es un movimiento filosófico, sino decididamente ideológico.

El punto principal de referencia para todas las disertaciones de semántica general es el lenguaje humano y sus ambigüedades, reveladas en el trámite de la comunicación entre los hombres. La semántica considera la experiencia y el lenguaje de éstos como dos magnitudes distintas, y atribuye las fallas de la comunicación, que llevan a conclusiones incorrectas y a malentendidos desde el punto de

vista social, a la incapacidad del lenguaje para dar expresión adecuada a la experiencia humana, así como a su propiedad característica de deformar la realidad, imponiendo en los que hablan esos valores propios de la palabra que le han creado los arrastres del tiempo.

Así y todo, el idioma es un resumen de la experiencia humana. Detrás de él se halla la vida, y las gentes se pueden entender hablando por la sola razón de que tanto el que habla como el que escucha refieren sus palabras a una experiencia. En cuanto al carácter abstracto del idioma, que según se afirma sería incapaz de transmitir la esencia concreta de cada caso particular, ese es uno de sus tantos aspectos, ya que cuando se necesita puede ser tan concreto como se quiera. Claro está que cuando tomamos aisladamente la palabra «hombre», por ejemplo, encontramos que tiene un significado abstracto; pero el caso es que raramente usamos una palabra sin referirla a otra. Y cuando unimos una palabra a otra y decimos «El hombre que tenemos delante», el significado de la palabra se hace lo suficientemente concreto como para expresar una idea única e insustituible.

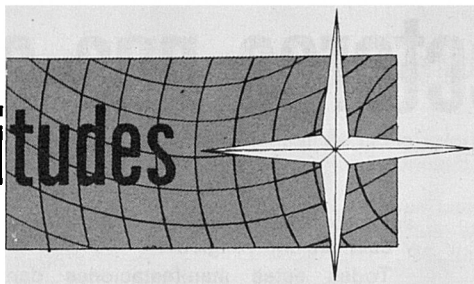
Una proposición aceptable de la semántica general es la de que se debe hacer uso del lenguaje con el mayor cuidado y precisión posibles. Pero no es cosa fácil levantar un sistema filosófico general sobre esta verdad perogrullesca. La semántica general nos enseña otra lección útil; la de que evidentemente no hemos hecho un estudio adecuado del lenguaje de los hombres, de sus propiedades y rasgos característicos. De habérselo hecho, no cabría la clase de razonamiento que la informa.

Me temo que el artículo de Seymour Fersh confunde a los lectores al darles una idea incorrecta de la autenticidad de nuestro conocimiento, de la posibilidad de conocer el mundo real, de las causas de los fenómenos sociales y de la ciencia de la semántica en general. Creo que su publicación en una revista como «El Correo de la Unesco» no está justificada.

Prof. Vladimir Zvegintsev
Doctor en Ciencias Filosóficas,
Universidad de Moscú

N. de la R.: Dice el señor Fersh: «El propósito principal que me guió al escribir el artículo fue la esperanza de promover una mayor conciencia de la forma en que el lenguaje puede constituir para nosotros un elemento de información, a veces correcto y otras incorrecto. No fue mi intención, desde luego, examinar la semántica de la semántica ni actuar de ninguna manera como proponente de una escuela determinada de análisis lingüístico».

Latitudes y Longitudes



LA LUZ QUE SE EXTINGUE. Un editor inglés de Leicester ha creado recientemente la colección «Ulverscroft», destinada a las personas cuya vista es demasiado deficiente como para que puedan, aun con las gafas más perfeccionadas que se fabrican actualmente, leer un diario o un libro de tipos de letra muy pequeños. Esta colección reunirá obras reproducidas en letra muy grande, pero cuyo peso ha de exceder solamente en 100 gramos el de un volumen corriente «in quarto». En sus seis primeros meses de vida la colección publicará un libro por semana, vendiéndose sus volúmenes por intermedio de bibliotecas, de organismos de ayuda social y de institutos para ciegos. Por más datos dirigirse a la «Library Association», Chaucer House, Malet Place, London W.C. 1, Inglaterra.

BRILLE ELECTRONICO. Una casa editora de libros para ciegos en la ciudad norteamericana de Louisville utiliza actualmente una ordenadora electrónica para traducir textos ingleses a la escritura Braille. El programa de transcripción mecánica sigue las complejas reglas de ésta para transcribir los textos ingleses a los 246 caracteres del Braille de segundo grado. Dichos caracteres, que son combinaciones de seis puntos en relieve, representan las letras del alfabeto, las cifras y 183 contracciones y abreviaturas especiales. La máquina ordenadora, que trabaja

a la velocidad propia de un aparato electrónico, puede traducir por término medio más de 1.000 palabras por minuto. Los textos se reproducen primero en tarjetas perforadas que se va metiendo en la máquina. Esta los transcribe en Braille, imprimiendo primero una página que contiene los caracteres Braille correspondientes a las palabras inglesas. Luego de corregida esta página, la ordenadora produce una serie de tarjetas que se hace pasar por un estereógrafo (aparato con el que se fabrican las placas que sirven para imprimir en relieve las páginas de Braille), acelerando así considerablemente la publicación de obras por este sistema.

LECTURA PARA PARALITICOS. El Comité de Ayuda a los Paralíticos para Leer y Escribir, constituido en el Reino Unido, se dedica a restituir el placer de la lectura a los paralíticos y a los que han perdido el uso de brazos o manos. Un proyector de micropelículas pone el texto ampliado ante la vista del enfermo, que da vuelta a las páginas o bien tocando un botón o haciendo funcionar con los labios un pequeño aparato. La biblioteca del Comité puede suministrar la reproducción en micropelícula de no importa qué libro pocos días después de haberse solicitado éste.

CLUBS DEL LIBRO. Según un sondeo efectuado por el Sindicato Profesional de Renania y Westfalia, en 1962 los «clubs

del libro» representaron el 20 % de la venta total efectuada por las librerías alemanas. La iniciativa de esta forma de difusión partió precisamente de Alemania, que la inició en 1918, pero desde entonces ha asumido las formas más variadas en una serie de países, entre los que marchan a la cabeza los Estados Unidos de América. También ha tenido gran éxito en Francia, ya que en 1962 se calculaba en 5,5 % el número de habitantes del país inscriptos en un club del libro.

BIBLIOTECAS Y BIBLIOTECARIOS. En los países escandinavos, las bibliotecas han cobrado un desarrollo considerable. Un país pequeño, como Finlandia, tiene una asociación de bibliotecarios que comprende 2.000 socios. En Inglaterra se ha multiplicado por cuatro el uso de las bibliotecas en el curso de los últimos 35 años. En los Estados Unidos de América la mayoría de la población (un 70 %) se sirve de las bibliotecas públicas, desempeñando muchas de éstas las funciones de centro cultural y de elemento principal en la educación de adultos. En la URSS la descentralización, llevada muy adelante, garantiza la presencia de un bibliotecario en cada aldea, donde su papel es más social y pedagógico que técnico.

GANAN LOS HOMBRES Y LA NOCHE. Según un estudio efectuado por el Sindicato nacional de editores en Francia, los hombres y las mujeres no consagran el mismo tiempo a la lectura. En el conjunto de la población adulta se advierte que hay un 45 % de hombres que se dedican a la lectura, contra un 37,5 de mujeres. Además, 73,5 % de los que leen prefieren hacerlo por la noche.

BEST SELLER DE LA UNESCO. Un «Manual de enseñanza de la ciencia» publicado en 1956 bajo la égida de la Unesco se ha seguido reeditando continuamente, hasta alcanzar los 400 000 ejemplares, traduciéndose a 26 idiomas. Este «best seller» es una obra fundamental que detalla toda una gama de experimentos científicos (física, astronomía, hidrología, electricidad, magnetismo, etc.) posibles de realización con los recursos más sencillos y económicos. La obra ha llegado a tal difusión por el éxito que obtuviera en todos aquellos países en que las escuelas carecen de aparatos y útiles para la enseñanza de la ciencia.

BANCO DEL LIBRO EN VENEZUELA. La institución que lleva ese nombre presta ayuda a todas las bibliotecas escolares venezolanas, sirviendo por el momento a 6 300 niños. Pero rápidamente se ampliará su radio de acción, no sólo dentro de las fronteras nacionales sino también en los organismos escolares del Ecuador, de Colombia y del Perú, con los que se ha establecido contacto en este sentido. La última iniciativa del Banco del Libro ha sido la de crear la biblioteca «Mariano Picón Salas» en el Parque Infantil «Aristides Rojas» de Caracas, rindiendo así homenaje a la memoria del escritor venezolano que formara parte del Consejo Ejecutivo de la Unesco.

LOS LIBROS Y EL HOMBRE. Hacer que los países en vías de desarrollo participen de las conquistas que el libro ha permitido a los más avanzados constituye un deber de orden moral. Tal el significado de una resolución adoptada por el segundo Congreso Internacional de Libreros de la Comunidad Internacional de Asociaciones de Librerías, realizado el año pasado en la sede de la Unesco en París.

NUEVA GUIA DE LA UNESCO SOBRE TRADUCCIONES MUNDIALES

EN 1963 se publicó en el mundo mayor cantidad de libros traducidos que en cualquiera de los años anteriores; así dice la 16a. edición de «Index Translationum», la bibliografía internacional de traducciones que la Unesco edita anualmente y vende al precio de 25 dólares el ejemplar. En esta última edición se halla registrado un total de 35 143 títulos, correspondientes a 69 países del mundo. La edición anterior, dedicada a 1962, enumeraba 32 787 obras publicadas en 70 países.

«Index Translationum», que está compilado con ayuda de bibliotecarios de muchos países, presenta un cuadro detallado de las traducciones que se publican en el mundo todos los años, y en sus listas figuran las nuevas ediciones que puedan tener los libros de este género ya publicados previamente. En el curso de los últimos 16 años ha registrado más de 376 000 títulos de obras traducidas, cifra que pasará el límite de las 400 000 al llegar el libro a su 17a. edición anual.

En 1963, según este volumen nuevo de que nos ocupamos y que consta de 820 páginas, Shakespeare estuvo a la cabeza de los autores más traducidos, siendo 207 las versiones de

sus obras aparecidas en diversos idiomas. Las versiones de la Biblia y de extractos de ésta llegaron a un total de 181. Hubo 148 traducciones de obras de Lenin, y las dedicadas a Marx y Engels ascienden a 88 y 61 respectivamente.

Los ganadores del Premio Nobel de literatura se hallan bien representados en la lista: John Steinbeck, 93 traducciones; Ernest Hemingway, 50; Jean-Paul Sartre, 45 (pero su premio Nobel lo obtuvo un año más tarde); William Faulkner, 37; Ivo Andric, 33; Albert Camus, 32.

Tolstoy, que sigue siendo perennemente el más traducido de los novelistas, tuvo, en 1963, 94 traducciones. Lo acompañaron Julio Verne con 84, Dostoievski con 75, Balzac con 65, Pearl Buck con igual número, Graham Greene con 57, Stendhal con 54 y Somerset Maugham con 42.

Entre los favoritos al firme dentro de otros géneros literarios, cuyo favor sigue siendo grande de acuerdo con estas cifras, cuéntanse los dramaturgos George Bernard Shaw, Antón Chéjov y Bertold Brecht, los autores de cuentos infantiles Hans Christian Andersen y Grimm y los novelistas policiales Agatha Christie, Erle Stanley Gardner y Georges Simenon.

DIÓGENES

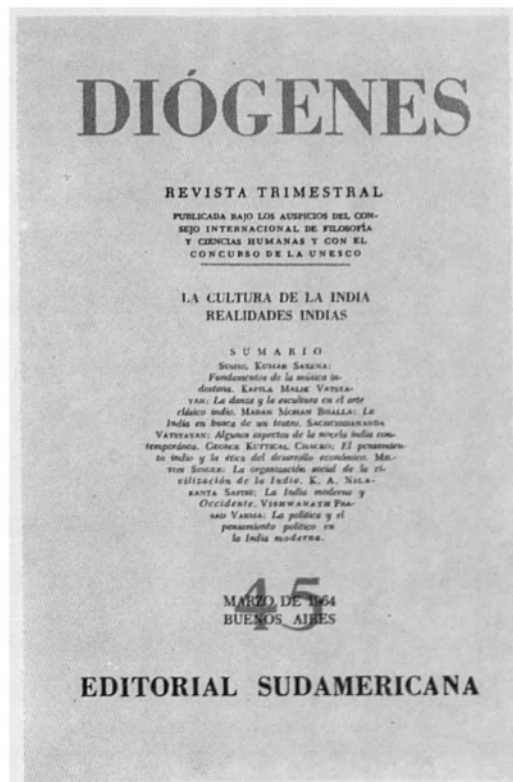
Revista internacional de ciencias humanas

■ *Diógenes*, que aparece trimestralmente, da cuenta de las hipótesis y descubrimientos que rigen y transforman el destino del hombre en nuestra época.

■ Es la primera revista de su género concebida en escala mundial (con tres ediciones: española, francesa e inglesa). La publica desde 1952, con ayuda de Unesco, el Consejo internacional de filosofía y ciencias humanas, que agrupa en el mundo entero los especialistas más eminentes en filosofía de la historia, antropología, estudio comparado de las civilizaciones, etc.

■ El número 47 está consagrado a los problemas culturales planteados por el contacto entre civilizaciones diferentes, destacándose entre sus artículos los de :

Gonzalo A. Beltrán : *Confluencias de culturas en la antropología* — Paul Kirchhoff : *Observaciones sobre la convergencia de las estructuras religiosas* — Alfonso Caso : *Respuesta a Paul Kirchhoff* — Pierre Duviols : *El inca Garcilaso de la Vega, intérprete humanista de la religión incaica* — George A. Kubler : *Ciudades y culturas de América Latina durante la época colonial* — Erwin W. Palm : *El arte del Nuevo Mundo después de la conquista española* — José Luis Romero : *La América Latina y la idea de Europa*.



EDITOR : Editorial Sudamericana,
Humberto I No. 545
BUENOS AIRES, Argentina
Suscripción anual (4 números) :
Argentina : \$ 260.00 m/n
Exterior : U\$S 5.00

PARA RENOVAR SU SUSCRIPCIÓN

y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de a Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta. Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país, y los precios señalados después de las direcciones de los agentes corresponden a una suscripción anual a «EL CORREO DE LA UNESCO».

★

ANTILLAS NEERLANDESAS. C.G.T. van Dorp & Co. (Ned. Ant.) N.V. Willemstad, Curaçao, N.A. Fl. 4.50. — ARGENTINA. Editorial Sudamericana, S.A., Humberto 1-545, Buenos Aires. Ps.300. — ALEMANIA. Todas las publicaciones : R. Oldenburg Verlag, Rosenheimerstr. 145, Munich 8. Para «UNESCO KURIER» (edición alemana) únicamente: Vertrieb Bahrenfelder-Chaussee 160, Hamburg - Bahrenfeld, C.C.P. 276650. (DM 10) — BOLIVIA. Librería Universitaria, Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca, Apartado 212, Sucre. — BRASIL. Livraria de la Fundação Getulio Vargas. 186, Praia de Botafogo, Rio de Janeiro. GB ZC-02. (CS. 1.680) — COLOMBIA. Librería Buchholz Galería, Avenida Jiménez de Quesada 8-40, Bogotá; Ediciones Tercer Mundo, Apto. aéreo 4817, Bogotá; Comité Regional de la Unesco, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga; Distribuidora Ltda., Pío Alfonso García, Calle Don Sancho N° 36-119 y 36-125, Cartagena; J. Germán

Rodríguez N., Oficina 201, Edificio Banco de Bogotá, Girardot, Cundinamarca; Escuela Interamericana de Bibliotecología, Universidad de Antioquia, Medellín; Librería Universitaria, Universidad Pedagógica de Colombia, Tunja. 22,50 Ps. — COSTA RICA. Todas las publicaciones : Trejos Hermanos S.A., Apartado 1313, San José. Para «El Correo» : Carlos Valerín Sáenz & Co. Ltda., «El Palacio de las Revistas», Apto. 1924, San José. — CUBA. Cubartimpex, Lamparilla 2, Apartado 1764, La Habana. — CHILE. Todas las publicaciones : Editorial Universitaria, S.A., Avenida B. O'Higgins 1058, Casilla 10 220, Santiago. «El Correo» únicamente: Comisión de la Unesco, Alameda B. O'Higgins 1611, 3er. piso, Santiago de Chile. Es. 6,50 — ECUADOR. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, Casilla de correo 3542, Guayaquil. 30 scs. — EL SALVADOR. Librería Cultural Salvadoreña, Edificio San Martín, 6a. Calle Oriente N° 118, San Salvador. — ESPAÑA. Todas las publicaciones: Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli 4, Madrid 14. «El Correo» únicamente: Ediciones Ibero-americanas. S.A., Calle de Oñate, 15, Madrid. Sub-agente «El Correo»: Ediciones Liber, Apto. 17, Ondárroa (Vizcaya). Ps. 130. — ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. Unesco Publications Center, 317 East 34th. St., Nueva York N.Y. 10016 (5 dólares). — FILIPINAS. The Modern Book. Co., 508 Rizal Ave. P. O. Box 632, Manila. — FRANCIA. Librairie de l'Unesco, Place de Fontenoy, Paris, 7°. C.C.P. Paris 12. 598-48 (10 F). — GUATEMALA. Comisión Nacional

de la Unesco, 6a Calle 9.27, Zona 1, Guatemala. (Q. 1.75) HONDURAS. Librería Cultura, Apartado postal 568, Tegucigalpa, D.C. — JAMAICA. Sangster's Book Room, 91 Harbour St., Kingston. — MARRUECOS. Librairie «Aux belles Images», 281, Avenue Mohammed V, Rabat. «El Correo de la Unesco» para el personal docente: Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (CCP 324-45) — MÉXICO. Editorial Hermes, Ignacio Mariscal 41, México D.F. (Ps. 26). — MOZAMBIQUE. Salema & Carvalho, Ltda., Caixa Postal 192, Beira. — NICARAGUA. Librería Cultural Nicaragüense, Calle 15 de Setiembre y Avenida Bolívar, Apartado N° 807, Managua. — PARAGUAY. Agencia de Librerías de Salvador Nizza, Yegros entre 25 de mayo y Mcal. Estigarribia, Asunción. (GS. 310) — PERU. Distribuidora Inca S. A. Emilio Alcahu 460, Lima. (Soles 72) — PORTUGAL. Dias & Andrade Lda. Livraria Portugal, Rua do Carmo 70, Lisboa. — PUERTO RICO. Spanish-English Publications, Calle Eleanor Roosevelt 115, Apartado 1912, Hato Rey. — REINO UNIDO. H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres, S.E.1. (15/-). — REPUBLICA DOMINICANA. Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartado de Correos 656, Santo Domingo. — URUGUAY. Representación de Editoriales, Plaza Cagancha 1342, 1° piso, Montevideo. — VENEZUELA. Librería Politécnica, Calle Villafior, local A, al lado de General Electric, Sabana Grande, Caracas; Librería Cruz del Sur, Centro Comercial del Este, Local 11, Apartado 10223, Sabana Grande, Caracas; Librería Selecta, Avenida 3, N° 23-23, Mérida (Bs. 14).

En 1963 se publicaron en el mundo 400.000 libros (ver pág. 15). La foto nos muestra la « salida » de un libro en una editora de París.

Foto © Paul Almasy

